LOS HOMBRES de la historia

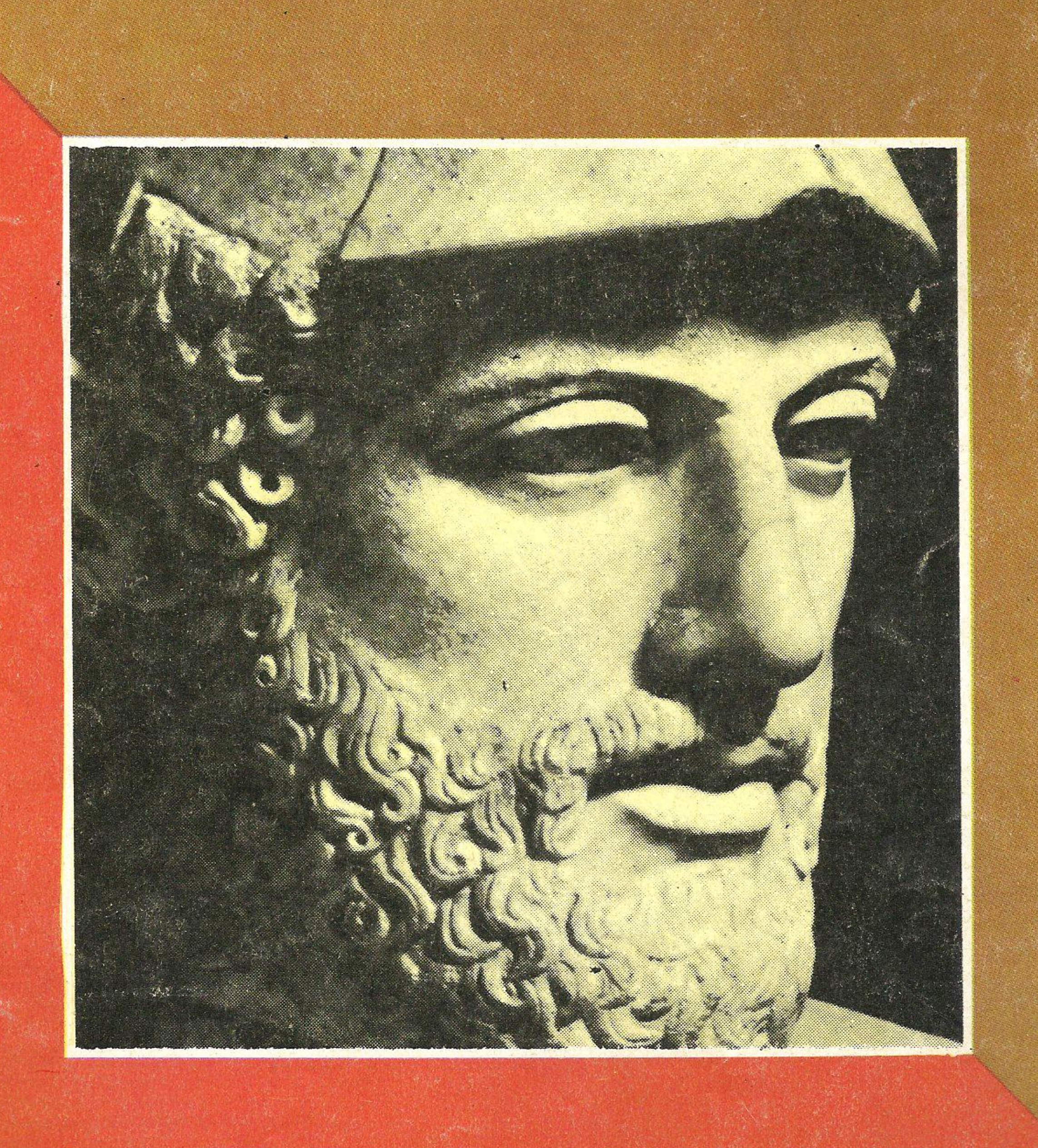
La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

68

Pericles

Giovanni Ferrara

Centro Editor de
América Latina



LOS HOMBRES *de la historia* 68

Nacido en el 495 a.C. en el seno de una noble familia ateniense, Pericles encauzó en el espíritu de disciplina y de seriedad propias de la aristocracia de su ciudad, el ímpetu genial de la gran política interna y externa, sin perder nunca de vista las sanas realidades atenienses. El es el hombre de un momento culminante, el hombre del equilibrio supremo: audacia y fuerza, despreocupación y seriedad, la mirada tendida hacia los más lejanos horizontes de la ambición pero firme los pies en su tierra y en sus nobles tradiciones.

El ideal nuevo forjado para Grecia por los atenienses y que se llamó democracia tuvo en Pericles uno de sus constructores prominentes y en esa particular estructura constitucional brillaron sus innatas cualidades y su singular fascinación.

Si bien su gobierno fue, desde el punto de vista formal, una democracia, en realidad fue el gobierno del primer ciudadano.

Monarquía sin corona, tiranía legalista, lo que distinguió a Pericles y lo elevó por encima de todos los contemporáneos fue su capacidad de representar en el espíritu de su política la más alta experiencia intelectual, artística y espiritual de su tiempo.

Más aún, el concepto de la democracia, en los años de Pericles, asumió también un carácter de doctrina racional, inspirada en precedentes experiencias de pensamiento filosófico y político y no fue tan sólo un empírico modo de gobernarse y de vivir, sino que pareció adecuarse a principios de igualdad, de equilibrio y de razón que se descubrían en el cosmos, en la naturaleza, en los más recónditos aspectos del instinto societario del hombre.

Abatido por la terrible peste que asoló a la orgullosa Atenas en el 429 a.C, Pericles ha permanecido ante la memoria de la posteridad como el modelo casi perfecto de lo que es el hombre político, tal como lo viera un contemporáneo, el gran historiador Tucídides.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

36 - **Bismarck**
37 - **Galileo**
38 - **Franklin**
39 - **Solón**
40 - **Eisenstein**
41 - **Colón**
42 - **Tomás de Aquino**
43 - **Dante**
44 - **Moisés**
45 - **Confucio**
46 - **Robespierre**
47 - **Túpac Amaru**
48 - **Carlos V**
49 - **Hegel**
50 - **Calvino**
51 - **Talleyrand**
52 - **Sócrates**
53 - **Bach**
54 - **Iván el Terrible**
55 - **Delacroix**
56 - **Metternich**
57 - **Disraeli**
58 - **Cervantes**
59 - **Baudelaire**
60 - **Ignacio de Loyola**
61 - **Alejandro Magno**
62 - **Newton**
63 - **Voltaire**
64 - **Felipe II**
65 - **Shakespeare**
66 - **Maquiavelo**

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico

68 Pericles - La edad de Grecia

Este es el tercer fascículo del tomo La edad de Grecia.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La edad de Grecia, del Atlas Iconográfico [illegible] Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 68:

Alinari: p. 60 (1); p. 68 (1); p. 77 (1,2).
Mairani: p. 59 (1); p. 67 (2,3,4); p. 70 (1-4); p. 74 (1); p. 83 (1).
Malvisi: p. 64 (1,2); p. 67 (1); p. 74 (2); p. 78 (2,4); p. 81 (1).
Scala: p. 59 (2); p. 63 (2); p. 70 (5); p. 78 (1,3).

Traducción de Oberdan Caletti

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1969.

Pericles

Giovanni Ferrara

495 a. C.
Pericles nace en Atenas, hijo de Jantipo, el comandante de la flota ateniense vencedora de los persas en Micala (479), y de Agarista, de la gran familia de los Alcmeónidas.

494 a. C.
Batalla naval de Lades: los persas sofocan la insurrección jónica. El peligro de los bárbaros se hace inminente para Atenas. Milcíades, el ex gobernador del Quersoneso de Tracia, se impone como animador de la resistencia, con el apoyo de los dos jefes del partido de los jóvenes, Temístocles y Arístides. Los Alcmeónidas quedan aislados.

493 a. C.
Temístocles resulta electo arconte [magistrado encargado de las más altas funciones públicas] y logra hacer aprobar una ley para la construcción del puerto del Pireo, base para el futuro desarrollo de la flota ateniense.

492 a. C.
Los persas consiguen el sometimiento de Macedonia y Tracia, lo que les permite preparar una gran expedición contra Atenas.

491 a. C.
Milcíades, electo estratega, sigue una política de acercamiento con Esparta. Por orden de esta última, Egina abandona las hostilidades contra Atenas, que va a formar parte de la Liga del Peloponeso.

490 a. C.
Batalla de Maratón: el ejército ateniense, conducido por Milcíades, dispersa a los ejércitos de Darío I.

489 a. C.
Milcíades intenta la liberación de las Cícladas; la guarnición de Paros ofrece resistencia, y de su fracaso se aprovechan en Atenas los Alcmeónidas. Milcíades es acusado de dejarse sobornar por el rey de Persia. Jantipo formula la denuncia, y el vencedor de Maratón es condenado al pago de una multa de 50 talentos. Al poco tiempo muere a raíz de las heridas recibidas durante la campaña. Su hijo Cimón queda deudor de la suma indicada, mientras triunfa el partido de los Alcmeónidas; se aproxima a ellos, naturalmente, el que ahora resulta ser el hombre político de mayor notoriedad: Arístides.

488 a. C.
Reniega categóricamente la política seguida hasta entonces por Milcíades, y reanúdase la guerra contra Egina. Al mismo tiempo se implanta la institución del ostracismo: la primera víctima es Hiparco, pariente de los Pisistrátidas, acérrimo adversario de los Alcmeónidas.

487 a. C.
Sin embargo, en la guerra contra Egina, Atenas resulta perjudicada: los Alcmeónidas se hacen impopulares, y al año siguiente cae en el ostracismo su jefe, Megacles.

484 a. C.
También Jantipo es desterrado. Temístocles, convertido ya en el más importante de los políticos atenienses, refuerza la flota para proseguir la guerra contra Egina. Su adversario es Arístides, preocupado fundamentalmente por la importancia que habrían de adquirir, una vez utilizadas como tripulaciones, las clases inferiores.

482 a. C.
En la contienda, Arístides tiene la peor parte y es condenado al ostracismo. El plan naval de Temístocles se ejecuta sin tropiezos. Durante el mismo período, Jerjes I, nuevo "Rey de los Reyes", prepara la segunda expedición contra Atenas.

481 a. C.
Se constituye la Liga General Helénica para hacer frente al peligro persa. Cesan las hostilidades internas, y se vuelve a llamar a Arístides y Jantipo. Las directivas estratégicas, sin embargo, son muy inciertas, hasta que se decide defender por tierra el paso de las Termópilas. Esparta no se manifiesta muy entusiasta, y sólo envía 4.000 hombres, de los cuales 300 son espartiatas bajo el mando del rey Leónidas.

480 a. C.
El estrecho espartano de las Termópilas es fácilmente superado, y los persas se dirigen al Ática, entran en Atenas e incendian los templos de la Acrópolis. Pero la poderosa flota ateniense de Temístocles derrota a la flota persa en Salamina. Jerjes se retira al Asia menor, dejando en Tesalia al general Mardonio.

479 a. C.
Mardonio baja a Beocia. En Platea tiene que enfrentarse con los ejércitos conjuntos del Peloponeso y de Atenas, bajo el comando del rey espartano Pausanias. También esta vez los persas, débilmente armados, resultan derrotados; Mardonio cae en el campo de batalla. Jantipo, comandante de la flota ateniense, persigue a las naves persas hasta la costa del Asia menor, hasta que, en Micala, logra incendiarlas todas mientras se encuentran en seco. Al año siguiente conquista Sexto en el Helesponto, cerrando así el paso entre Asia y Europa. Concluye el período de las guerras persas.

478 a. C.
Se inicia la llamada "Pentecontaetia", período de aproximadamente cincuenta años de relativa paz, que corre entre la finalización de las guerras persas y el comienzo de la guerra del Peloponeso.

477 a. C.
Atenas, en previsión de una nueva y larga guerra con Persia, organiza la Liga naval delio-ática, que tiene por animador a Temístocles. Las ciudades aliadas deben proveer una flota, o bien pagar un tributo a fin de cubrir los gastos militares. Sin embargo, el verdadero propósito de Temístocles es aproximarse a Persia en función antiespartana. Por eso, sus intereses llegan a coincidir con los de Pausanias, que persigue a su vez una política propia de prestigio. Instalado en Bizancio, aspira, en efecto, a resolver a su favor la tradicional rivalidad espartana entre monarquía y eforato, y se sitúa en abierto contraste con su ciudad al buscar el apoyo del rey Grande.

476 a. C.
Cimón es elegido ahora comandante de la flota ateniense. Es hijo de Milcíades, autor de un acercamiento con Esparta en cuanto potencia hegemónica sobre toda la expansión marítima de Atenas. Es una dirección —precisamente por ser espartana— de tipo conservador, opuesta a la de Temístocles y sostenida también por Arístides y Jantipo.

472 a. C.
Cimón expulsa a Pausanias de Bizancio: el ex rey espartano vuelve a su patria pero los éforos lo acusan de connivencia con el rey de Persia; es condenado y se refugia en el templo de Atena Khalkioikos, donde es amurallado vivo (463). En ese ínterin, también Temístocles debe abandonar Atenas (471) a raíz del robustecimiento de la política cimoniana.

471 a. C.
Temístocles se refugia en Argos, pero acusado de traición a favor de Persia es condenado en contumacia. Para evitar la extradición se refugia junto al nuevo rey de los persas Artajerjes I (ascendido al trono en 465), de quien obtiene en carácter de don tres ciudades del Asia menor. Aquí muere en 461.

470 a. C.
Cimón destruye en Eurimedon una escuadra persa. Atenas tiene ya asegurado el dominio del Egeo y, por otra parte, con la desaparición de Pausanias y de Temístocles, se consolida la política conservadora de Esparta y de los partidos aristocráticos atenienses.

464 a. C.
Se manifiestan síntomas de intolerancia en la Liga contra la autoridad ateniense con la rebelión de Tasos. Antes de decidirse a conquistarla, Cimón lleva a cabo una campaña en Tracia para apoderarse de las ruinas de oro del Pangeo, pero en Drabesco, el ejército ateniense experimenta una gravísima derrota: el prestigio de Cimón queda seriamente deteriorado.
En Atenas el partido democrático adquiere nuevo vigor con Efialtes, que se propone sin más la liquidación del Areópago; se abre el conflicto con Cimón y el estratega logra evitar a duras penas la acusación de haberse dejado sobornar por el rey de Macedonia.

462 a. C.
Esparta sufre las consecuencias de un desastroso terremoto (465) que aprovechan los ilotas de Mesenia para rebelarse (tercera guerra mesénica). Esparta pide ayuda a Atenas, y Cimón prepara un poderoso ejército de 4.000 hoplitas para intervenir; en su ausencia, Efialtes consigue dar el golpe de gracia al Areópago y plantea nuevas bases para la democracia ateniense. El hecho es grave; la misma Esparta atemorizada por el éxito de los progresistas, rechaza la ayuda de Cimón, cuyo prestigio ya está por tierra. Estalla en el mismo año una revuelta antipersa en Egipto, capitaneada por el líbico Inaro; es la ocasión para derribar definitivamente a Persia, pero Atenas está ya comprometida con Esparta; de todas maneras, se envía una flota de 200 naves a las aguas de Chipre.

461 a. C.
Cimón es condenado al ostracismo; el gobierno de Atenas pasa ahora a manos de Efialtes y del joven Pericles que por primera vez se asoma a la escena política. Poco tiempo después Efialtes es asesinado por un grupo de sicarios, y Pericles, que queda solo, logra conquistar los primeros éxitos personales. Argos, retirada ya de la Liga del Peloponeso (462), somete a Micenas y Tirinto con el apoyo de Atenas, y forma una nueva Liga a la que se adhiere también Tesalia. La situación de Esparta se torna cada vez más crítica.

459 a. C.
Al contrario de Temístocles, Pericles se compromete decididamente también contra Persia. Una escuadra naval ateniense compuesta por 300 trirremes remonta el Nilo en ayuda de Inaro; Artajerjes ha hecho intervenir ya a más de 300.000 hombres los que son rechazados por los greco-líbicos hasta Papremis. Mientras tanto, Egina declara nuevamente la guerra a Atenas, pero es derrotada al año siguiente (458).

457 a. C.
Comienza la "primera guerra del Peloponeso". El ejército espartano remonta la península y se traslada a Beocia, sublevando a los oligarcas y amenazando al Ática. Grecia se ha dividido ya en dos ligas: filoateniense y filoespartana. Atenas, comprometida ya contra Egina y en Egipto, se encuentra en dificultades; la batalla de Tanagra termina sin vencedores, pero los espartanos se retiran y Atenas puede permitirse derrotar a los tebanos en Enofitas; además Egina se rinde, e ingresa en la Liga ática.

456 a. C.
Esparta experimenta una grave derrota frente a Argos en Oinoe. Los atenienses efectúan una serie de incursiones en todas las costas del Peloponeso; el prestigio de la capital ática es enorme, y hasta Segesta, en Sicilia, pide su ayuda contra Selinuntes (454).

454 a. C.
La suerte de los atenienses se precipita bruscamente: la rebelión egipcia fracasa por completo. Dos años antes (456) los griegos habían sido obligados a retirarse a la isla de Prosopotis; después de un largo sitio los persas conquistan la plaza fuerte; los griegos huyen a Cirene, una flota de socorro queda destruida por los fenicios, e Inaro es ajusticiado en Susa. La flota persa es nuevamente dueña del Egeo.

453-452 a. C.
Los persas toman Chipre: en Esparta y en Atenas se considera gravísimo el peligro, y se insinúan gestiones de paz.

451 a. C.
Se resuelve confiar a Cimón la paz con Esparta: Cimón es llamado con este objeto desde su ostracismo; se concierta un armisticio de 5 años de duración, mientras que Atenas debe disolver su alianza con Argos.

450-449 a. C.
Pericles, celoso del éxito de Cimón, le confía el mando de una expedición contra Persia. Al llegar a Chipre muere Cimón, en el camino del retorno, la flota choca con los fenicios y obtiene plena victoria.

449 a. C.
Pericles realiza tratativas con Persia. Un riquísimo ciudadano ateniense, Calias, se traslada a Susa y estipula una paz por treinta años: Persia se compromete a no entrar en el Egeo con naves de guerra y a no asaltar las ciudades aliadas de Atenas en las islas egeas y en las costas del Asia Menor; renuncia además al tributo de los griegos de Asia, aun manteniendo sobre ellos una soberanía nominal; por su parte, Atenas no deberá entrometerse más en los asuntos de Egipto y de Chipre.

448 a. C.
Esparta impone a los focenses, aliados de Atenas, la obligación de poner fin a su ingerencia en Delfos; Pericles envía un ejército para obligar a la ciudad del oráculo a reunirse con los focenses. Las relaciones entre Esparta y Atenas se tornan, como es lógico, cada vez más tensas.

447 a. C.
Los nobles tebanos, tradicionales aliados de Esparta, pasan a la ofensiva: el estratega Tolmides, enviado a la cabeza de un ejército a Beocia, sufre una derrota en Queronea. Atenas pierde también Focidia y Locrides. Delfos proclama la independencia.

446 a. C.
Atenas es amenazada por una serie de revueltas (Eubea, Megara) y por el firme avance espartano; milagrosamente se evita la guerra, estipulándose una paz de treinta años. Pericles se compromete a abandonar todas las bases del Peloponeso pero, por la parte espartana se acepta reconocer la pertenencia de Egina a la Liga delio-ática y con ello la supremacía naval ateniense.

445 a. C.
La Liga delo-ática se halla nuevamente en agitación: Atenas impone tributos gravosos y transfiere el tesoro federal al Acrópolis; se realizan los procesos criminales más im-

portante. Tucídides, hijo de Melesia, que trata de oponerse a Pericles, es desterrado poco después (443). Mientras tanto, en Atenas prosigue el espléndido florecimiento de las artes figurativas, iniciado en el 447 con la construcción del Partenón (concluido en 432).

440 a. C.
Nuevas perturbaciones se verifican en la Liga; Pericles logra dominar una grave insurrección que estalló en Samos, propagándose también a Bizancio y a algunas ciudades de Caria. Samos y Bizancio se someten, pero las otras ciudades de la costa, que han perdido su independencia, piden sin éxito la ayuda de los persas.

438 a. C.
Mnesicles comienza la construcción de los Propileos.

433 a. C.
El partido de la oposición ataca a Pericles intentando procesos contra personas pertenecientes a su círculo: son acusados Anaxágoras, Fidias y Aspasia. Por su lado, Pericles refuerza su propia política imperialista, en función cada vez más decididamente antiespartana: en un conflicto entre Corcira y Corinto, interviene a favor de la primera asegurándose así su poderosa marina; logra inscribir en la Liga Ática a Zacinto, Leontes y Regio.

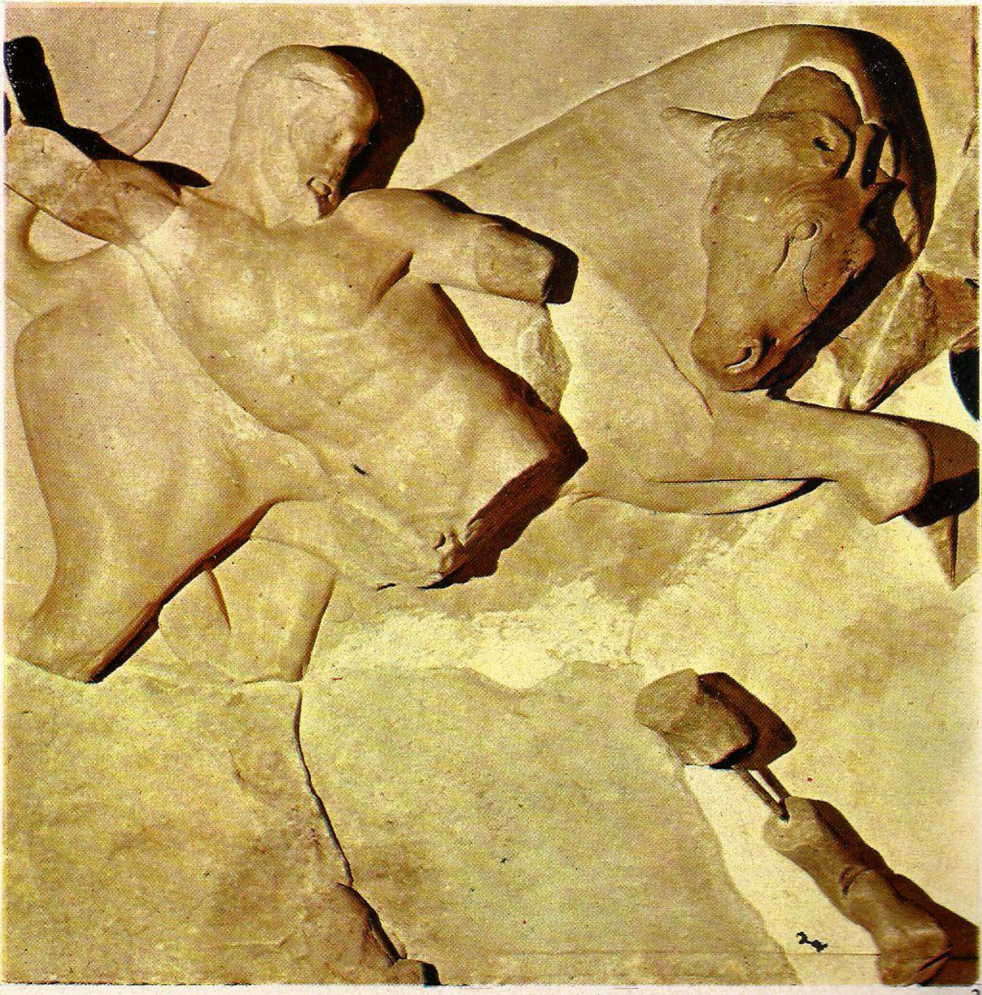
432 a. C.
La situación de Grecia precipita hacia la guerra: Pericles impone a Potidea, ciudad de la Liga Ática, pero de origen corintio, que rompa toda relación con la metrópoli. Mientras la importante colonia se prepara para la defensa, en Atenas se dicta una ley que excluye a los megareses (traidores en 446 y ahora filo-corintios) de todos los puertos de la Liga. La ingerencia ática se hace ya insostenible: se reúne urgentemente la Liga del Peloponeso y se abren las hostilidades contra Atenas. Comienza la guerra del Peloponeso.

431 a. C.
Esparta no manifiesta entusiasmo por la guerra y encamina los primeros pasos diplomáticos para evitarla. Pericles rechaza todo reclamo y Esparta se prepara para la acción (primavera). Los tebanos efectúan un golpe de mano en Platea, pero son derrotados. Un ejército peloponeso invade el Ática, pero Pericles hace retirar a toda la población dentro de los muros de la ciudad capital, de modo que los espartanos encuentran el territorio abandonado. A su vez, Atenas excluye a los eginetas e invade Megara.

430 a. C.
Estalla la peste entre la población de Atenas. Crece el resentimiento popular contra Pericles, que durante ese tiempo intenta inútilmente entablar la paz con Esparta.



1



2

Depuesto del cargo de estratega es acusado directamente de sustracción de dinero público.

429 a. C.
Se rinde Potidea, pero poco tiempo después, los atenienses intentan una acción contra los rebeldes de la península calcídica y son gravemente derrotados. Por miedo de la peste los espartanos no se aproximan a Atenas y se limitan a sitiar Platea. Los atenienses, ante el recrudecimiento de la epidemia no pueden emprender acciones importantes. El mismo Pericles muere a fines de setiembre.

421 a. C.
Después de diversas vicisitudes militares se concierta la "Paz de Nicias", que deja la situación política y militar casi en los mismos términos en que se encontraba al comienzo de la guerra, desde el punto de vista económico, el Ática se ha empobrecido sensiblemente por las devastaciones sufridas por la acción de los ejércitos peloponesos.

418 a. C.
Con la batalla de Mantinea Esparta derrota a Argos y restablece su propia supremacía en el Peloponeso.

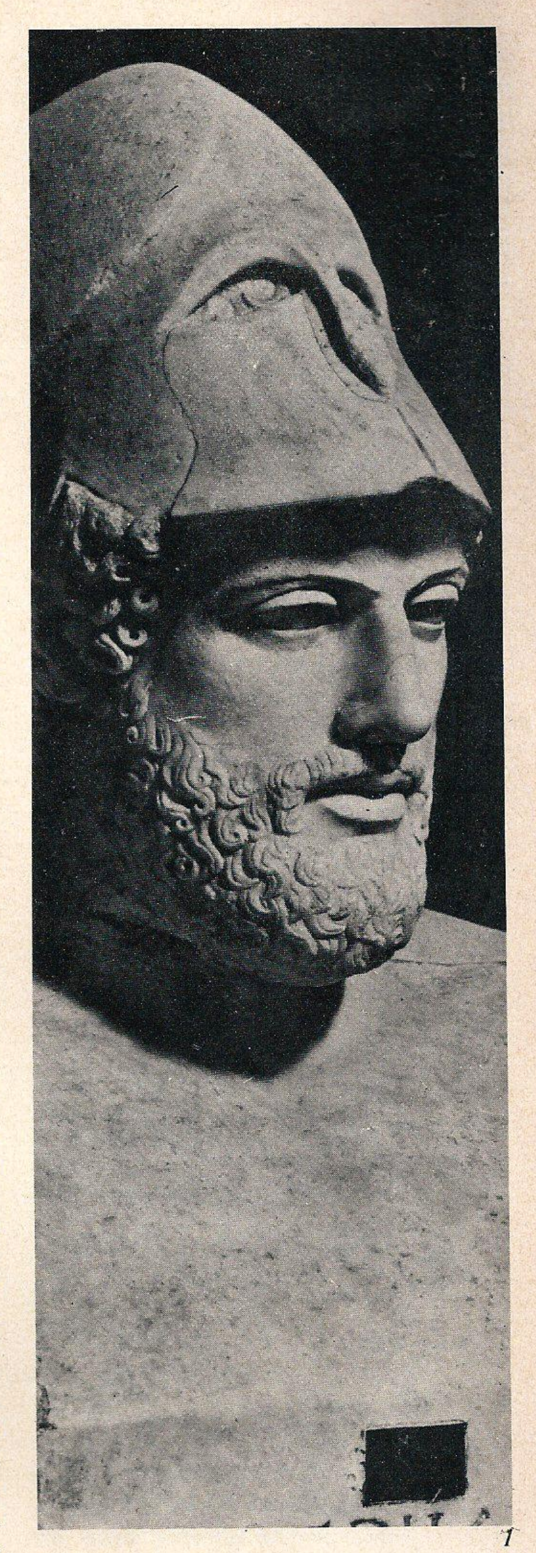
415 a. C.
Se reanuda la guerra. Para extender su influencia a Sicilia, Atenas intenta una expedición contra Siracusa: el resultado es desastroso, perdiendo Atenas 200 naves y 50.000 hombres (413).

413-406 a. C.
Esparta se alia con Persia; victorias navales atenienses en Cinosema, Abidos, Císico y Argenusas (406). La flota espartana logra reorganizarse bajo el mando de Lisandro.

405 a. C.
La flota ateniense es destruida en el Egospotamos.

404 a. C.
Atenas se rinde: los espartamos derriban las murallas y disuelven la Liga. Con esto termina la guerra del Peloponeso.

Una noble familia
Pericles pertenecía a la nobleza ateniense. La madre, Agarista, descendía de Clístenes el reformador que, a fines del siglo VI a. de C. había logrado hacer volver a la patria y al poder a la gran familia de los Alcmeónidas, que se encontraba en el exilio al que la había arrojado la tiranía de Pisístrato y de los Pisistrátidas. Clístenes (de cuya obra política y constitucional conocemos bastante, pero de cuya personalidad no sabemos nada) había convertido a Atenas, aristocrática en el siglo VI y aun después de las reformas de Solón y de la tiranía de Pisístrato, en una democracia. Mejor dicho, había creado estructuras constitucionales que permitirían al pueblo ateniense —en el caso de que las circunstancias lo exigieran— alcanzar esa típica forma de autogobierno de la masa ciudadana, marinera y campesina, que consistía en la democracia, según el ejemplo que dio Atenas en el siglo V, y que, criticado o admirado, pasó a la posteridad como modelo. Se verificaron en ese momento ciertas circunstancias favorables. El grave peligro, y después la trágica actualidad de las invasiones persas, actuaron en un terreno político-social fertilizado por la actividad multiforme de los Alcmeónidas y otras familias y grupos como ellos y por un intenso desarrollo económico y artesanal-mercantil. El comercio ateniense, como lo prueba la difusión de la moneda y aun más de la cerámica ática, ya a mediados del siglo VI había adquirido dimensiones mediterráneas, superando a la antigua hegemonía de Corinto; y una vez liquidada la autonomía de las ciudades jónicas, si bien no destruidas, dominadas por los persas, ya no tenía más rivales. Atenas se encontraba entonces, a comienzos del siglo V, en la feliz condición de un estado rico en antiguas tradiciones y en novísimas posibilidades, en un momento —como lo demostraría la reforma de Clístenes— de intensa experimentación e indagación políticas. La ofensiva persa, tanto en su desarrollo como en sus consecuencias, provocó en Atenas una imprevista pero no imprevisible reacción; frente a ella los griegos mismos, durante mucho tiempo sólo respondieron con el entusiasmo o la desconfianza, incapaces de aceptar con equilibrio la realidad; o sea el agrupamiento variado de la masa popular, militar y marinera en torno de jefes hábiles, desprejuiciados, patriotas y sutiles políticos como Temístocles o Arístides.
Así nació de la catástrofe primero, y de la victoria sobre el bárbaro después, la nueva realidad de una comunidad regida por la política y fundada en la lucha inspirada en la libertad y la igualdad. En los años que median entre las dos guerras persas, y durante la segunda de ellas —prolongada más allá de la invasión de la propia Grecia como guerra de libera-



1. *Pericles. Ciudad del Vaticano. Palacios Vaticanos, Sala de las Musas* (Alinari).

En la página anterior:

1. *Lucha de un lapita y un centauro. Metopa del Partenón. Londres, Museo Británico* (Mariani).

2. *Hércules domando al toro de Creta. Metopa del templo de Zeus en Olimpia. París, Museo del Louvre* (Scala).

ción del Egeo y de las ciudades jónicas del dominio directo e indirecto de los sátrapas del Asia Menor y de su flota fenicia–, en ese período, se desarrolló la infancia de Pericles, nacido probablemente alrededor del 495. Hemos dicho que era noble, es decir, que pertenecía a una familia de antiguo poderío y esplendor, e influyente en Atenas y también fuera de Grecia (ya que la nobleza arcaica griega era, como la europea medieval y moderna, fuertemente cosmopolítica en sus vínculos de sangre y en sus relaciones matrimoniales, económicas y políticas (Agarista se llamaba también la madre de Clístenes, princesa no ateniense pero hija de Clístenes, tirano de Sicio, cuyo nombre fue impuesto al reformador). Pero la nobleza de Pericles no procedía tan sólo de su madre alcmeónida, sino también del padre, Jantipo, cuya familia nos es desconocida pero que sabemos ilustre y por cierto muy antigua. Jantipo había sido un típico exponente de la aristocracia propia de la época que va de Clístenes hasta las guerras persas. Había desempeñado un papel muy importante en las luchas centradas en torno a Milcíades, el viejo vencedor de Maratón, de quien había obtenido la condena; luchas de las que surgieron después los dos grandes de la edad persa, Arístides y Temístocles, divididos en lo que hace a sus respectivas inclinaciones sociales, pero no en cuanto a sus ambiciones patrióticas. El mismo Jantipo había sido víctima de esas luchas, y llevado al ostracismo por Temístocles, junto a Arístides y otros más; pero más tarde fue llamado nuevamente a Atenas, igual que Arístides, por el mismo Temístocles en la hora del peligro supremo. Y se había revelado no sólo como un político cabal, digno de su ilustre prosapia y de sus vínculos matrimoniales con los grandes Alcmeónidas, sino también como un general de primer orden, a quien los griegos debieron –y junto con él al espartano Leotíquides– la victoria de Micala (479), comienzo favorable y promisorio de esa nueva fase de las guerras persas en la que los griegos, superado el momento defensivo de Salamina y Platea, pasaron al ataque del mar y de la costa asiática, ya no en guerra por los propios altares y hogares, sino para alejar definitivamente la amenaza de los bárbaros y devolver a los jonios su helénica autonomía.

Pertenecer a una familia noble, en un Estado y en una sociedad como la ateniense de la época que pasaba de la aristocracia a la democracia no por ruptura sino por evolución, apertura y enriquecimiento de las clases sociales superiores e inferiores, implicaba tener fácil acceso al poder; pero no significaba necesariamente un rígido apego a las posiciones políticas de los padres y de los antepasados. Es difícil individualizar en esta época verdaderas líneas políticas de índole dinástica (por lo demás, la familia de los Alcmeónidas había sido ya en el siglo precedente un modelo bastante singular de ductilidad política al servicio de una coherente ambición). En efecto, para evaluar la política que Pericles siguió en su vida, sustancialmente coherente aun cuando no fácilmente comprensible, es necesario tener presente que su verdadero antecedente se encuentra en Temístocles, sin duda el hombre que señaló en forma concreta el camino de la democracia y del poderío ateniense. Mas no es ironía del destino, sino más bien testimonio de libertad política el hecho de que, aun habiendo dictado Temístocles el decreto de ostracismo contra Jantipo, que vinculado a los Alcmeónidas observó entre las dos guerras una política más bien conservadora frente a las nuevas perspectivas marinas y democráticas, fuera él mismo que lo llamara nuevamente a Atenas en procura de su colaboración. Bien se cuidó Pericles de seguir la línea política de su padre. Limitó su lealtad a la memoria paterna que aún permanecía viva en su herencia: el patriotismo tradicionalista, la seriedad del político y del militar, la firme determinación en la lucha política por el poder; pero, en la política *grande* siguió la lección del odiado Temístocles, es decir, la democracia, irreversiblemente ligada al poderío naval.

El hombre del equilibrio

Esquematizando y limitando mucho las características originales, singulares, con el fin de clarificar podríamos decir que la política de Pericles fue a un tiempo heredera de la tradición representada por Jantipo y de la creada por Temístocles. En otras palabras, supo encauzar en el espíritu de disciplina y de seriedad propias de la aristocracia ateniense, el ímpetu genial de la gran política interna y externa, que el aristocrático Temístocles (a quien sus jóvenes compañeros consideraban "bastardo" por haber nacido de madre no ateniense) había impulsado hasta el límite de la aventura personal. En Pericles, el fruto de esta genial y realista intuición fue una política que supo permanecer siempre anclada en sanas realidades atenienses. Y si fueron muchas las sombras que arrojaron sobre él los opositores, tanto en vida como después de muerto, nadie pudo decir jamás que hubiera caído en intrigas con todos los griegos y aun con los persas, como se dijo, y no sin fundamento, del propio Temístocles.

Semejantes actitudes eran extrañas al estilo de Pericles; como fueron propias, en cambio, del estilo de Alcibíades, de quien Pericles fue el tutor. Y si se piensa en el gran inspirador de Pericles, Temístocles, y en su gran inspirado, Alcibíades, se comprenderá muy pronto que el hijo de Jantipo pueda aparecer, y así haya aparecido en el curso de los siglos, como hombre de un momento culminante, el hombre del equilibrio supremo: audacia y fuerza, despreocupación y seriedad, la mirada tendida hacia los más lejanos horizontes de la ambición ateniense, pero firmes los pies en su tierra, en la tierra de Erecteo y en sus nobles tradiciones. Antes de él, como después de él, la audacia a veces genial, pero sobre todo la aventura. Esta imagen es bastante falsa, como lo son todas las imágenes simplificadoras de este tipo, como por lo demás es también exterior el paralelo entre Temístocles y Alcibíades, aunque más no fuera porque el primero estuvo más vinculado a la ciudad que era, de todos modos, la de Esquilo, no la de Sócrates y Eurípides, la ciudad del Areópago, no la de Cleón. Lo cierto es que, cualquiera sea la forma en que se definan los límites y el sentido, el momento de Pericles es típico de un tiempo de equilibrio histórico, es decir, cuando las grandes fuerzas que habían madurado en importantes acontecimientos precedentes, comienzan a desplegarse frenadas aún por el sentimiento de las tradiciones, mientras las nuevas fuerzas que están madurando, se presentan todavía con manifestaciones tímidas que las hacen casi imperceptibles.

Si se consideran los dos extremos cronológicos de lo que podemos denominar el "quinto siglo histórico", 490-404, se advierten los límites del drama: de la victoria de Maratón, de donde proceden Temístocles y Pericles, la democracia y el imperio ateniense, hasta la rendición de Atenas ante Esparta y sus aliados, donde nace la reacción oligárquica, la esclavitud y, finalmente, la recuperación democrática, pero en condiciones del todo diferentes. O bien, si queremos definir la época misma en el cuadro de la política exterior: del primer paso hacia la contención de la expansión y la expulsión de los persas del Asia griega y del Egeo, hasta el definitivo retorno de los persas y su hegemonía sobre el Asia griega y su gravitación decisiva en los problemas de la política interna de los griegos.

Pero esta perspectiva clara y lineal no fue naturalmente la del tiempo de Pericles, en la que se vivía la vida como en muy pocas y contadas épocas, con excepcional inmediatez creativa, con indomable espíritu de riesgo y, al mismo tiempo –no es paradoja–en la firme convicción de proseguir, con sabiduría y coraje, las huellas de los padres. Y aquí vale una consideración de carácter general. La gente de aquella época pensaba poco en el futuro, y si pensaba, no lo hacía a nuestra manera, "cósmica" e indefinida. El futuro del propio pueblo, de la propia ciudad y Estado, del propio mundo nacional y político era concebido fundamentalmente como análogo al

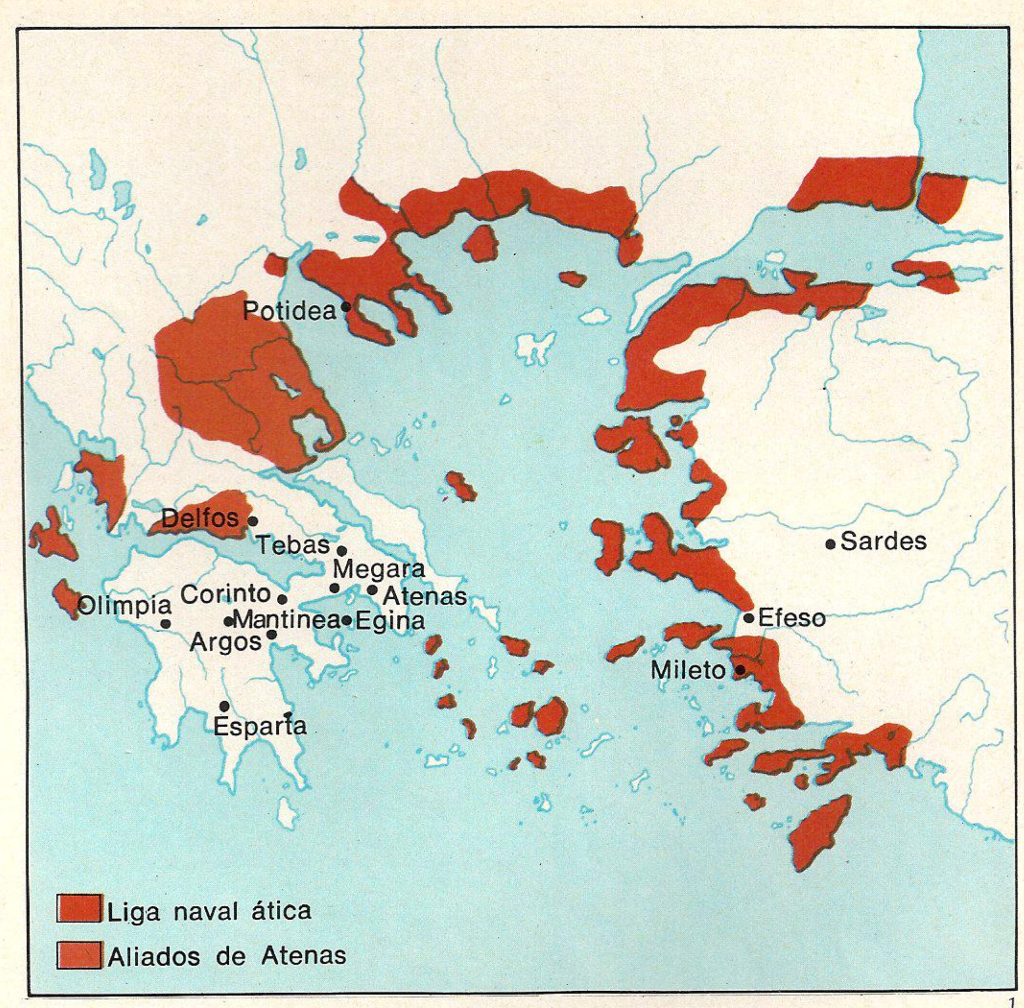
presente; acaso mejor pero no esencialmente distinto. El hombre de hoy se abstiene hasta de pensar en lo que será la propia ciudad dentro de un siglo: el poder destructivo de la técnica induce a la fábula científica. A nadie se le ocurriría hoy escribir una historia de la segunda guerra mundial con el propósito de suministrar a los políticos europeos un modelo *perenne* de las razones de la guerra y de la acción de los pueblos, de los reflejos morales y políticos, como hizo Tucídides con la guerra del Peloponeso. Nuestra concepción del mundo es abierta, histórica, pero el horizonte de la antigüedad era limitado, o más bien preciso y modesto; era el de un sistema político conocido, en el que los cambios, por el hecho de no considerarse en el cuadro de un universal "devenir histórico", sino en el concreto y humano transcurrir de las generaciones en un ámbito de realidades económicas y técnicas sólo relativa y cuantitativamente variables, se sentían fruto concreto de acciones, elecciones y actitudes de hombres o de ciudades en clara continuidad consigo mismos. En ese mundo no existen ideales ni esperanzas revolucionarias. Los reformadores no actúan con la intención de abrir nuevos caminos a una imprevisible humanidad futura, sino sólo con el fin de concretar o modificar tal o cual relación política o social, mejorar y explotar mejor las fuerzas existentes, corregir las injusticias manifiestas, reforzar militar y políticamente el Estado. Es preciso tener en cuenta esta característica limitación (no en sentido negativo, sino calificativo) del horizonte mental griego, para comprender cabalmente, por ejemplo, la masa de "errores" cometidos en el plano político y militar por la Atenas del siglo v. Los errores —dispersión de fuerzas, aparente casualidad de los compromisos bélicos, subestimación de la importancia de las fuerzas adversarias— derivaron también del hecho que, aun siendo "imperialistas", los atenienses no pensaron debidamente en el mañana, y su conducta respecto de los otros pueblos se desarrolló siempre y exclusivamente sobre el plano del realismo de Estado. El mañana en el que pensaban era siempre aquel en el que obraban las mismas fuerzas del presente; sólo se trataba para ellos de adquirir más "potencia", de ejercer mayor peso sobre los griegos, de enriquecerse y de aparecer como los mejores. En este sentido tenían razón los espartanos que, sin saber mirar más allá de las propias narices, practicaban una política rigurosamente conservadora del *statu quo*; y como la superpotencia espartana era un elemento obvio, desde mucho tiempo atrás, sus propias guerras eran una realidad tradicional, un ejército del *statu quo*; nunca concluían con verdaderas conquistas. Más limitados, pero a la larga más fuertes, porque eran más coherentes en un mundo donde no se concebía el mañana sino como una forma apenas modificada del hoy y del ayer, en el que, de cualquier manera, no se sentía en absoluto la modificación; no se sentía, como entre nosotros, como un valor moral absoluto; quien se moviera para alterar el equilibrio terminaba desencadenando contra sí todas las resistencias.

Innovación y conservación

Es indudable, sin embargo, que los atenienses forjaron para Grecia un "ideal nuevo": la democracia, y con ella cierta admirable costumbre de vida civil. Pero, indicio de su mentalidad es que en el mismo siglo en que comenzaron a darse este nuevo régimen y esta nueva costumbre, y a exportarlos en gran parte con las armas, surgió entre ellos el mito que atribuía la fundación del Estado ateniense, potencialmente ya con su espíritu democrático, al héroe Teseo. No podía avanzarse sino readaptando continuamente el presente al pasado, o investigando el presente en el mito del pasado. Llegó un momento, a fines del siglo, en que se discutió violentamente acerca de cuál era la "constitución de los padres", la verdadera tradición política ateniense; algunos sostuvieron —no sin cierta razón— que era una forma atemperada de aristocracia, mientras que otros —con igual razón—, que era la democracia misma. Pocos análisis de realidades y conceptos políticos son tan difíciles como el de la democracia ateniense del siglo v. Porque es la relación "tradición-innovación" la que no puede ser planteada para aquella época en los términos que son familiares para nosotros. Debe agregarse a esto que la religión constituía un elemento fundamental para la vida de una comunidad griega; y la religión, no obstante el transcurso del tiempo, la acumulación de las experiencias, la ampliación y profundización de la reflexión teológica y moral, la apertura de nuevas perspectivas merced al contacto de pueblos, divinidades y ritos extranjeros, fue un elemento esencialmente conservador en la ciudad griega. Aquí también, innovación y conservación, tradición e invención se hallan profunda e inextricablemente entrelazadas. La sociedad ateniense del siglo v, pese a la transformación que se opera en la cultura y a la afirmación del espíritu crítico en la filosofía y en la ciencia, en la moral y en la política, no se transforma en una sociedad laica, ni proclive a laicizarse. Los acontecimientos anuales siguen desarrollándose al ritmo del calendario sagrado, y los ciclos de los años se determinan por las grandes fiestas plurianuales, como las Panateneas; lejos de disminuir su importancia, o simplemente de cristalizarse en costumbres de carácter civil, las manifestaciones de la vida religiosa ciudadana se enriquecen, y gran parte del entusiasmo y del profundo sentimiento de la vida que en Atenas va acompañado de la experiencia de la democracia, de la guerra y del acrecentamiento del poder, se revierten en el esplendor de los templos reconstruidos, en una más perfecta organización y administración de los tesoros sagrados, y en la grandiosidad de las procesiones anuales y plurianuales. El pueblo ateniense, mucho más que antes, concentra su fe en la divinidad que ya desde los tiempos de Solón era considerada como la invencible protectora no sólo frente a los enemigos, sino también contra los desvaríos de los ciudadanos: Atena. La guerra contra los persas, que se prolongó durante años y años después de su expulsión de Atenas, adquiere los matices de una venganza inexpiable, pues los invasores han quemado los templos y profanado los santuarios. Y la amistad de Pericles con el filósofo Anaxágoras, correrá el riesgo de costarle muy cara, cuando se arroje contra el filósofo la sospecha de impiedad por parte de ciertos adversarios que unían una fe rigurosamente tradicional con una considerable despreocupación por las luchas políticas. Y sería grave error considerar que la fe de Pericles fuera tan sólo ostentación con el objeto de protegerse frente a una opinión pública gazmoña. Se está evidentemente descaminado si se piensa que en la Atenas del siglo v a. C. fue posible semejante duplicidad; Pericles creía en los dioses de los griegos y de los atenienses, pero no se abstenía de discutir con Anaxágoras sobre la naturaleza real del sol que, según el agudo jónico, no era un dios, sino una masa de metal incandescente tan grande como el Peloponeso.

Los griegos no poseían una teología dogmática: pero sería muy extraño que justamente Pericles se hubiera apartado de esas divinidades a las que bajo sus propios ojos —y por cierto discutiendo también con él—, Fidias daba una imagen artística que revelaba, al mismo tiempo humana y trascendente, la majestad divina. Ahora bien, en un mundo donde la religión es elemento dominante y donde hasta ese punto es observancia de las tradiciones, y en el que la concepción de la divinidad está estrechamente ligada con la de una determinada comunidad, el sentido de la innovación, del futuro, del "mensaje" no puede ser sino muy limitado y en gran parte inconsciente. Por el contrario, asume caracteres rigurosos la conciencia determinada, concreta, de emprender precisas y limitadas batallas por la justicia entre los ciudadanos, por la humanidad en las relaciones humanas y sociales, por la potencia y el esplendor de la patria, por la seguridad económica y el

alto nivel de la cultura. Si se analiza debidamente, se verá que éstos son los elementos reales de la democracia ateniense: un régimen de civilización superior a los otros, en su tiempo como en las épocas subsiguientes. No tiene sentido indagar si Atenas tuvo sus grandes poetas, historiadores, filósofos y políticos en virtud de la democracia vigente, o si fue a la inversa. Un conjunto de fuerzas poderosas se expresó diversamente bajo un régimen político y una costumbre social que favoreció el desarrollo del pensamiento y de las artes; al mismo tiempo es en este pensamiento y en estas artes donde encontró la expresión de los propios y últimos valores. Que el pensamiento de los grandes historiadores y de los grandes filósofos áticos no haya sido realmente —como de hecho no lo fue— un pensamiento "democrático", es algo que sorprenderá sólo a quien busca en las creaciones del pensamiento un modelo de la realidad económica, política y social ante la que reaccionan y responden. Por otra parte, el gran pensamiento histórico y filosófico ateniense —Tucídides, Sócrates, Platón— nace en la crisis del imperio y cuando la lucha política se resuelve en la facción y en la derrota: pero todo esto ocurre después de Pericles y de su tiempo.



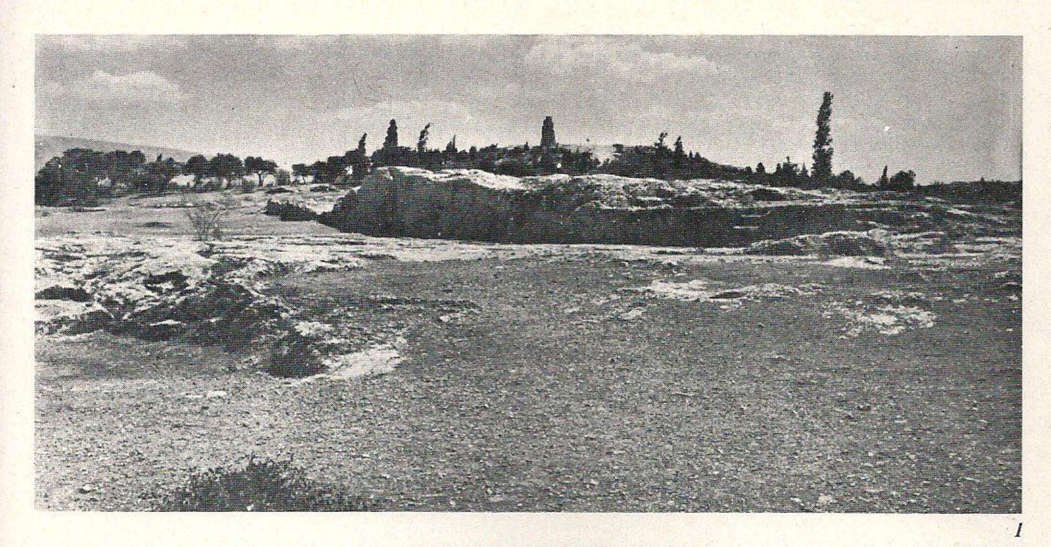
1

La "Constitución de los atenienses"

"Durante diecisiete años exactamente, después de las guerras persas, el gobierno quedó bajo la dirección del Areópago, que sin embargo, declinaba. Con la importancia cada vez mayor que adquiría la masa popular, y siendo ahora jefe del partido democrático Efialtes, hijo de Sofónides, conocido por su incorruptibilidad y espíritu cívico, éste atacó al Areópago. Ante todo alejó de la vida política a muchos miembros de la Asamblea, promoviéndoles procesos sobre la corrección de su administración. Luego, bajo el arcontado de Conon, quitó a ese consejo todas las funciones por las que se le confiaba la vigilancia de la constitución, asignándolas, al Consejo de los Quinientos algunas, y al pueblo y a los tribunales las otras... pero Elfiates resultó muerto poco después, víctima de un atentado.

Así es como el Areópago fue despojado de sus funciones administrativas; a partir de entonces la pasión de los demagogos condujo al relajamiento de esas costumbres políticas. En realidad, en esos tiempos los ciudadanos acomodados no tenían ninguna guía, puesto que su jefe era Cimón, hijo de Milcíades, todavía inexperto porque había llegado tarde a la vida política. Por lo demás, la mayor parte de ellos o habían muerto o seguían muriendo en el campo de batalla, pues hallándose formados entonces los cuerpos armados sobre la base de las listas de ciudadanos inscriptos





1



2

En la página anterior:

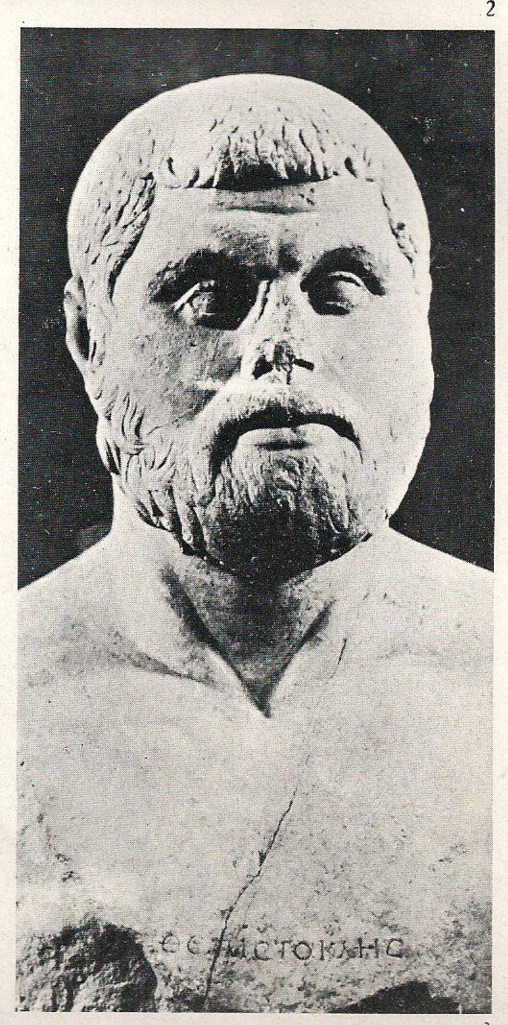
1. *Mapa de Grecia en el tiempo de Pericles.*

2. *Decoración de un cáliz. Siglo* v *Roma, Museo Capitalino* (Scala).

1. *Vista de la Pnyx, plaza de reunión de la Asamblea del pueblo ateniense* (Malvisi).

2. *Vista de la Acrópolis de Atenas* (Malvisi).

3. *Temístocles. Ostia antigua, Museo Ostiense* (Laboratorio Fotográfico Nacional, Roma).



3

en el padrón político, y como por lo corriente se ponía a la cabeza de los mismos a generales carentes de experiencia militar, pero muy honrosos por la gloria de sus antepasados, cada vez que partía una expedición morían dos o tres mil ciudadanos, desperdiciándose así y destruyéndose la parte más honrada, prudente y acomodada del pueblo. En esos tiempos, los atenienses se gobernaban sin prestar a las leyes tanta atención como les prestaban antes, y no modificaron tampoco la forma de elección de los arcontes. Pero seis años después de la muerte de Efialtes, decidieron que los candidatos propuestos por una elección preliminar para ser luego sorteados al arcontado, podían pertenecer también a la clase de los zeuguitas . . .*

Después, cuando Pericles asumió la dirección del partido popular (había comenzado a adquirir cierta influencia desde muy joven, poniendo en el banquillo de los acusados a Cimón, cuando éste informaba sobre su estrategia), la Constitución se tornó más favorable para el pueblo. En realidad, Pericles quitó algunos derechos al Areópago y presionó fuertemente para que el Estado aumentara su potencia marítima, lo que confirió a la masa popular la audacia de tomar para sí toda la conducción de la política . . . Fue asimismo Pericles el que concedió la indemnización por la participación en los jurados, para rivalizar en popularidad con la riqueza de Cimón. Y Cimón, en verdad, que poseía la fortuna de un príncipe, cumplía ante todo magníficamente con los gastos que le incumbían en beneficio del Estado, y mantenía además bajo su demo a mucho gente: cada uno de los habitantes del demo de Lakiadai podía ir todos los días a su casa en busca de lo necesario para vivir, y sus propiedades no estaban cercadas, de manera que cualquiera podía entrar y tomar sus productos. Pericles, que no tenía fortuna tan grande como para poder afrontar semejantes gastos y liberalidades, fue aconsejado por Damonides que distribuyera al pueblo lo que a éste le pertenecía, dado que su fortuna personal era insuficiente, e instituyó así la indemnización a los jurados. Desde este momento, según algunos autores, comenzó a marchar todo mal . . . comenzó la corrupción de los jueces . . .

Pero mientras Pericles estuvo al frente del partido democrático, la vida política de Atenas fue de suma honradez; muerto él, empeoró muchísimo."

Conscientemente hemos elegido, para documentar este perfil con una antigua fuente de esencial importancia, estos capítu-

* Ciudadanos de la tercera clase en Atenas, (literalmente "que posee una yunta de bueyes").

los de la aristotélica *Constitución de los Atenienses* (25-28), desprovistos de belleza literaria, sin maestría alguna de interpretación histórica o psicológica. Belleza y maestría que encontramos, en cambio, en las otras dos grandes fuentes pericleas, la *Historia* de Tucídides, y la *Vida de Pericles* (que se integra con la de Cimón) de Plutarco. Ninguna exposición puede ser reemplazada ni competir con la del historiador ateniense y del docto de Queronea: y tenemos que suponer y auspiciar que el lector se aproxime a las extraordinarias páginas tan diferentes en cuanto a profundidad de pensamiento, pero al mismo tiempo tan semejantes en cuanto al nivel de civilización y de cultura de aquellos dos antiguos, separados, por lo demás, por siete siglos de ardua historia.

El áspero, resumido, contradictorio y mal equilibrado texto aristotélico nos pone frente a la complejidad de acontecimientos políticos y constitucionales que agitaron a la Atenas de fines de las guerras persas hasta la guerra del Peloponeso, esto es,desde el 479, fecha de la batalla de Platea y Micala, hasta el 431; la guerra contra los persas, duró en realidad hasta el 449, pero ya en ese tiempo la situación había cambiado por completo, en relación con la de los tiempos heroicos de la invasión de los bárbaros. No entraremos en los detalles de la reconstrucción de esos acontecimientos; muchos pormenores y su misma cronología son aún inciertos y discutibles. En cambio, nos detendremos para destacar los momentos fundamentales en que se perfila el político y democrático Pericles, con el trasfondo de una lucha por la democracia, por la superación de la vieja república moderada y la afirmación del poder fundado en la masa de los trabajadores, movilizados en la flota o concurrentes de los tribunales donde a menudo se decidían los destinos de los políticos.

Pericles aparece en la escena política

Como dicen Aristóteles y otros, Pericles apareció por vez primera en la escena política ateniense al lado de Efialtes, en el período posterior a la gran victoria ateniense del Eurimedontes contra los persas (470 c.), que había convertido a Cimón en el líder del nuevo Estado marino ateniense y de la Liga Delo-Atica, la gran creación post-persa de Temístocles y Arístides. La política de Cimón consistía justamente en conservar la posición surgida en la segunda guerra persa: hegemonía espartana sobre Grecia continental, y prosecución de la guerra contra Persia para la definitiva liberación del Egeo y del Asia por obra de Atenas y de sus muchos aliados —islas y ciudades egeas—, reunidos precisamente en esa Liga conocida con el nombre de liga "delia" o "delo-ática" por tener su centro, asiento del consejo inter aliado y de su tesoro, en la isla de Delos y por su santuario de Apolo. En otras palabras, un reparto de las esferas de influencia y de los cometidos. Esparta, con su liga de Estados peloponesios (Liga del Peloponeso) y no peloponesios —por ejemplo, la misma Atenas aún la integraba— con dominio sobre Grecia continental, como ocurría desde hacía mucho tiempo (por lo menos desde el siglo VI); Atenas, cuyo nuevo poder era indiscutible, con una función marítima y exclusivamente antipersa.

Semejante sistema permitía en la mente de Cimón, esto es, de la aristocracia y de la clases superiores atenienses más ortodoxamente (pero no mezquinamente) conservadoras, conciliar la gran novedad de la expansión de Atenas sobre el mar, sobre el Egeo, y su nueva fructífera hegemonía, con la conservación del elemento tradicional de la vida griega, el predominio espartano. Atentar contra esto no habría significado tan sólo (y como se vio después, no lo significó), embarcarse en una riesgosa empresa de alteración del equilibrio internacional helénico, sino ponerse en contra del Estado —Esparta— que representaba típicamente el espíritu de tradicionalismo en sentido social, moral, cultural y económico. Desde mucho tiempo atrás Atenas era radicalmente distinta de Esparta en su realidad social, constitucional y cultural; sin embargo, lo que se ha llamado el espejismo espartano, existía ya. La ciudad de Eurotas inspiraba a los atenienses, como a casi todos los griegos, un profundo sentimiento de respeto por la estabilidad, la seguridad y la severidad de su constitución y de su costumbre. Incluso una aristocracia como la ateniense, sumamente diferente de la espartana, en un Estado tan diverso del espartano, se sentía ligada a Esparta, tradicional exponente de lo "griego". En plena época de Pericles, cuando el contraste político y moral con Esparta se ha manifestado ya en la guerra y en la más evidente contraposición ideológica, el historiador jónico Heródoto, obligado a elegir a un griego para poner en su boca, frente al Gran Rey de los persas, un discurso apologético sobre la "libertad" y sobre la "ley" —fundamento del espíritu griego, en alternativa con la tiranía, la esclavitud y la arbitrariedad típicas de la monarquía asiática—, elige a Demarato, un exiliado espartano. Esta actitud filoespartana, en el período de la juventud de Pericles, en el tiempo del predominio en Atenas de hombres como Cimón, o sea de las altas clases sociales y de la aristocracia, no significaba aún necesariamente lo que significó más tarde, cuando la oposición Atenas-Esparta, democracia-oligarquía fue una dura y despiadada realidad cotidiana, verdadero alimento y modelo de ideas reaccionarias.

En ese momento podrá verificarse el fenómeno de la coincidencia perfecta, o casi perfecta, entre la aversión a la democracia, la aversión al imperialismo naval y el culto por Esparta. Pero esto ocurre cuando la política democrática ateniense —en la que Pericles a partir de cierto momento ejercerá el primado casi absoluto—, madura desarrollando hasta sus últimas consecuencias esas premisas que en los años del predominio de Cimón se iban planteando. Cimón, no democrático, pero leal para con la constitución y abierto (a su manera, o sea con estilo más bien aristocrático y feudal) hacia la masa popular, empeñado en la guerra contra los persas, y capaz de reprimir duramente a los aliados pendencieros, con sistemas no muy distintos de los que Pericles, en plena época de "imperialismo" empleará contra los samios, absolutamente filoespartano, estuvo obligado a caer en la contradicción que le valió el ostracismo; es decir, acudir en ayuda de Esparta, para ser bruscamente rechazado; en ese año 463-62, en que se reveló que un aristócrata ateniense confiaba y respetaba a Esparta más de lo que Esparta estaba dispuesta a confiar y respetar al pueblo en armas conducido por ese aristócrata, o sea al mismo pueblo ateniente.

Pericles contra Cimón

El año ático de 463-62 es precisamente el momento del cambio. Pericles había intentado ya incriminar por corrupción a Cimón, pero no lo había logrado. Cimón no era corruptible, y no lo era porque en todo caso, dada su fortuna, no tenía necesidad de dejarse corromper. Por esos años Esparta rozó la catástrofe total. Un espantoso terrémoto la destruyó en 465, matando una enorme cantidad de ciudadanos, y reduciendo sensiblemente su fuerza militar. Los siervos de Esparta, los ilotas de Mesenia, sometidos desde siglos y siglos, desencadenaron la rebelión. Por un momento, Esparta se encontró con la pared a sus espaldas; hubiera bastado que sus aliados la abandonaran por completo a sí misma, para que la ciudad de Licurgo terminara su existencia. Después de haberse recuperado parcialmente y obligado (demostrando sus todavía formidables energías) a los rebeldes a pasar a la defensiva, Esparta requirió la ayuda de Atenas, la más poderosa de sus aliadas, no obstante las ya incipientes divergencias. En Atenas se discutió si convenía o no ayudar a la gloriosa ciudad del Eurotas, y hubo también quienes, como Efiates y Pericles, propusieron con criterio muy realista, que se dejara perecer a la secular tira-

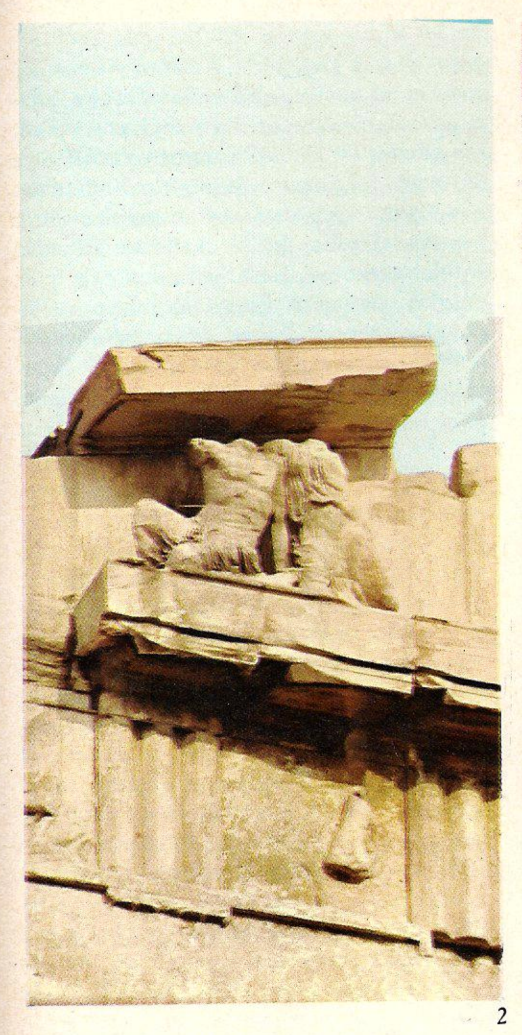


1

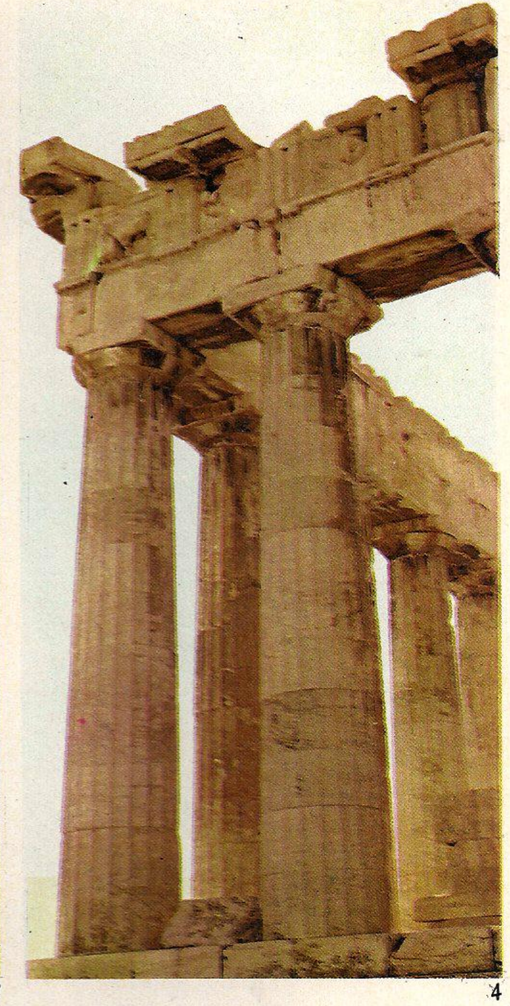
na de los mesenios y dominadora de Grecia.
Una vez más, sin embargo, las razones de la antigua solidaridad ateniense-espartana prevalecieron, y Cimón logró hacerse enviar con un fuerte contingente de hoplitas atenienses a socorrer a Esparta, que asediaba a los mesenios rebeldes en la montaña de Itome.

La transferencia del poder a la asamblea popular

Y debe decirse aquí que los demócratas atenienses, capitaneados por Efialtes y junto con él —no sabemos si en primera línea— Pericles, supieron unir la audacia al cálculo, demostrando que sabían muy bien lo que querían. En efecto, desde hacía años el pueblo ateniense era partícipe, a través de la masa de marinos suministrados a la flota, de los hechos de la ciudad; también era cada vez más consciente de poder aspirar a mayor poder y estaba menos dispuesto a quedarse en los cuadros políticos impuestos por la tradición de Clístenes, nuevamente dominante después del período de Temístocles, por obra de Arístides y luego de Cimón.
Según esta tradición, el gobierno de la ciudad quedaba confiado al Areópago, el Consejo vitalicio constituido por los exarcontes, y que reflejaba la experiencia de gobierno de las clases acomodadas que, en virtud de la constitución soloniana —ya más que secular— eran las únicas que podían ser electas a las supremas magistraturas. Pero el pueblo había comenzado a presionar, a darse sus propios jefes, a enfrentar al régimen. Sólo el gran prestigio militar y moral de un Cimón, su habilidad demagógica y su riqueza, habían garantizado hasta ese momento la estabilidad del poder político de los aristócratas. Pero esa situación había llegado evidentemente a su límite.
Ausente Cimón, comprometido en una impopular empresa ante las masas atenienses —tan impopular como una expedición contra los persas o contra un aliado rebelde—, Efialtes y los suyos hicieron aprobar las reformas sobre cuya base, salvo los sucesivos retoques de Pericles, se funda la nueva democracia ateniense: fin de las facultades de gobierno y de control del consejo por parte del Areópago restringido y vitalicio; traslado de este poder a la Asamblea popular y al Consejo de los quinientos, de duración anual y de amplia representatividad; administración de la justicia basada en vastísimas cortes de jurados populares.
La sensación de que en Atenas había ocurrido algo de mucha gravdead, como un atentado a las tradiciones ancestrales y una clamorosa afirmación del predominio de la masa popular, o eventualmente de los "pobres", se difundió en forma notoria. Y en Esparta se pensó que el gran ejército ateniense instalado cerca de Esparta misma, que sitiaba a los rebeldes (pueblo y pobres) de Mesenia, podía constituir un peligro. La real debilidad de la posición política de Cimón está probada ya que los espartanos no vacilaron en rogarle bruscamente que se retirara junto con sus soldados. Antes que nada, preferían no tener por vecinos a estos soldados de la ciudad ateniense, e inferir un grave desaire a ese líder ateniense que sólo estaba en condiciones de mantener las fuerzas de Atenas orientadas contra Persia y lejos de Grecia, del Peloponeso y de la misma Esparta. Éste es uno de los casos típicos en que el agudo sentido que tienen los más estrechos conservadores acerca de sus propios intereses a largo plazo, los lleva a cometer errores de conducción que, sin embargo, resultan instructivos porque anticipan los desarrollos de la lucha que, por su parte determinan en forma inevitable. Una diplomacia más hábil y dúctil se habría preocupado de no minar el prestigio de Cimón en Atenas, en el momento en que el prestigio militar era la única arma a disposición de los conservadores filoespartanos atenienses, y de no ofrecer a los demócratas de Atenas la oportunidad para convertirse en antiespartanos. Si la fuerza de los ideales de solidaridad entre Atenas y


2


3


4

Esparta, vigente ya en tiempo de Clístenes y cimentada durante la segunda guerra persa, era todavía tal como para inducir a la masa de los ciudadanos atenienses —que se aprestaban a aprobar las reformas democráticas de Efialtes—, a votar, contra el consejo de los jefes democráticos más lúcidos y desprejuiciados, el socorro a Esparta en momentos de grave dificultad, ello significaba que difícilmente Atenas, en condiciones normales y sin pretextos serios se habría mostrado dispuesta a asumir una actitud netamente antiespartana. Probablemente, sin el enfrentamiento a Cimón y a su ejército, Esparta hubiera conservado aún —fría, formal, superficial, pero de cualquier manera políticamente significativa— la amistad de Atenas, y no se habría verificado esa rápida coincidencia entre intereses democráticos y política antiespartana que Temístocles entrevió prematuramente. Pero la diplomacia de los espartanos nunca, o casi nunca, fue dúctil ni hábil.

Por encima de cualquier otra cosa, los espartanos se ocupaban ahora de marcar las diferencias entre la propia e inequívoca posición de defensores de las tradiciones helénicas —entre las cuales se hallaba históricamente afirmado el derecho de los espartanos de mantener sometidos a los mesenios y a los periecos— en relación con la extravagante Atenas, lugar de peligrosas novedades.

El pueblo ateniense no aceptó el enfrentamiento, y hubo quien lo empujó a rechazarlo. A su retorno a la patria, Cimón fue condenado al ostracismo, y la conducción de la ciudad pasó a manos de los demócratas de Efialtes y otros, entre los que se contaba Pericles: y en esas manos quedó durante mucho tiempo. Se quebró la alianza con Esparta y poco después se inició la primera guerra del Peloponeso. Cimón fue llamado poco más tarde del exilio, pero en adelante su papel quedó limitado a la conducción militar que supo mantener en sus manos con gran energía y capacidad hasta su muerte ocurrida en Chipre, y guardando fidelidad a la nueva orientación democrática dominante en Atenas. Personalmente, no hacía más que proseguir esa parte de su política que había sobrevivido a la revolución democrática: la lucha contra los persas, el robustecimiento del dominio marítimo, el control del Egeo. Las dimensiones y el sentido de esta política eran superiores a las facciones en lucha en Atenas, pues era posible realizar con respecto a Persia una política extranjera bipartidaria. En cuanto a Efialtes, fue asesinado poco tiempo después de las reformas introducidas por él; es éste uno de los raros delitos políticos que enturbiaron la historia de Atenas en-

1. Vista de los Propileos de la Acrópolis de Atenas (Malvisi).

2, 3, 4. Detalles del Partenón (Mariani).

En la página siguiente:

1. Estatuilla en bronce de Atena, hallada en la Acrópolis.
500 a. C. Atenas, Museo Arqueológico Nacional (Alinari).



tre los siglos v y iv. El hecho es muy oscuro, y si a través de Aristóteles creemos conocer el nombre del asesino, nadie supo nunca el nombre de los mandantes: ¿fueron amigos de Cimón o duros combatientes del viejo régimen areopagítico? Es característico que este delito político lleve consigo el sello de la naciente reacción antidemocrática. La atmósfera de la vida política ateniense frente al nuevo poder popular, con la carga de transformación político-social —tanto interna como externa— que involucraba, se torna en adelante más densa. Si en el período anterior a Efialtes y en el de Pericles, el conservadorismo era todavía legitimidad y prosecución natural de históricos privilegios —y por consiguiente, dentro de ciertos límites, capacidad de estilo en la lucha política—, en la época que va de Efialtes en adelante es cuando maduran las premisas de ese reaccionarismo oligárquico faccioso, clandestino, ideológico, que forzado en la terrible angustia de la guerra del Peloponeso, con sus hermosas victorias y espantosas derrotas, en la crisis moral e ideal, en el hambre y en la incertidumbre, desembocará en uno de los más singulares personajes de la historia ateniense, Critias, la cabeza fuerte de los Treinta Tiranos (404-403); desde algunos puntos de vista y con las debidas precauciones en el uso del vocablo, un verdadero "fascista". Pero la fuerza de la democracia de Pericles se revelará en el hecho de que mantuvo suficientemente abierta la posibilidad de un conservadorismo moderado y legalista, no sin contrastes a veces violentos, pero también sin clausuras definitivas: los dos grandes condenados al ostracismo, Cimón (469) y Tucídides de Melesia (443), regresaron del exilio y sus "partidos" nunca fueron verdaderamente disueltos. En esa democracia en la que se solía decir que el pueblo era el dueño, tuvieron gran relieve político personajes como Tucídides, hijo de Melesia, gran opositor de Pericles, y después de él un tal Nicias, y también Teramenes, producto de todas las contradicciones y del drama de la guerra en el tardío siglo posterior a Pericles.

Los primeros éxitos

Es difícil para nosotros decir hasta qué punto en los años de las reformas de Efialtes e inmediatamente después de la muerte de éste, Pericles desempeñó realmente en la vida ateniense un papel de primer plano, análogo por lo menos al que comenzó a desempeñar en el tiempo de la paz con los persas (449). Durante este período Atenas, al impulso de la nueva democracia, se orientó decididamente por las nuevas líneas de su política de expansión. Por primera vez entró en pugna por el predominio de la Grecia central, llegando a interesarse por el Peloponeso, don-

1

de Argos, la eterna rival de Esparta, se alió con Atenas (461) dándose luego un gobierno democrático. Esto constituyó un verdadero atentado contra Esparta, como lo fue la entrada de Megara en la Liga délica. Pero Atenas no "cambió" realmente su política, es decir, no siguió hasta el fondo las intuiciones de Temístocles, según las cuales a la amistad con Esparta contra Persia, debía oponerse la amistad (o cuando menos la paz) con Persia contra Esparta. La hostilidad respecto de Persia, y la política de libertad para los griegos del Egeo y del Asia, se mantuvo durante mucho tiempo como una constante de fondo de la política ateniense (hemos visto que precisamente por esto Cimón pudo encontrar para sí mismo una reincorporación útil en la vida ateniense). Y debe reconocerse que la preocupación que Atenas conservó siempre acerca de este frente, era bien fundada, pues no debe olvidarse que Persia y sus poderosos sátrapas del Asia Menor tenían todavía cartas que jugar, si no para vengar la derrota de 480-479, por lo menos para contener sus resultados y para preparar la reconquista. Atenas no cambió de política pero a la vieja política de guerra contra Persia, agregó la nueva política de guerra en la Grecia central, en función antitebana, anticorintia y, en último análisis, obviamente antiespartana. Sería extraño que una revolución como la ateniense —no tan sólo política—, no hubiera tenido consecuencias directas en el ordenamiento y en la conducta tradicional de las relaciones entre las ciudades griegas de la península. Muchas veces se han hecho consideraciones sobre la imprudencia ateniense, de llevar adelante esta singular guerra sobre todos los frentes con desgaste enorme de energías, de hombres, de dinero y de naves; pero no se tiene en cuenta que esta política encerraba una lógica. Atenas se convirtió en antiespartana, y cada vez más antibeocia, hasta el límite de la guerra, porque era democrática; se hizo democrática por ser potencia naval, y se hizo potencia naval porque era antipersa.

Deberá recordarse que después de la derrota ateniense de Tanagra, los persas ofrecieron dinero a los espartanos para ayudarles a invadir el Ática y destruir Atenas. Persia veía en Atenas a su real enemigo. El abandono del motivo y de la iniciativa antipersa, cuando se produjo en la práctica ("ideológicamente" nunca se produjo, por lo menos durante el siglo v), fue porque Atenas (aun después de la enorme derrota en Egipto en 454 que señaló el fracaso de esa iniciativa de presencia en el Oriente que, de haber triunfado habría modificado por completo las bases de la historia antigua), pudo al fin concluir con los persas una paz sustancialmente victoriosa en la que prácticamente todos los objetivos alcanzables fueron logrados. Paz que pudo no gustarle a alguien, pero que gustó por cierto a los democráticos y a Pericles que la quiso. Concluida la paz con Persia en el año 449 (paz de Calias, por el nombre del negociador), tres años después, en el 446, Atenas concertó con Esparta una paz de treinta años. Llegó a ella después de la derrota de Queronea donde murió Tolmides, y que tuvo graves consecuencias, aunque no irremediables, para el dominio ateniense en la guerra central. Sin embargo, Atenas buscó y obtuvo la paz. Diríase que la coherente lógica que la había llevado a luchar contra Esparta, se hubiera agotado, mientras se agotaba la lógica de la guerra contra Persia: y ahora el problema central de la política ateniense vino a ser el del control de la Liga naval, y entre las razones objetivas que la indujeron a la paz treintenal con Esparta, hubo de contarse indudablemente el grave peligro que representaba la rebelión de Eubea, a la que se había asociado la invasión espartana del Ática.

Durante la guerra en Grecia continental, Pericles se había distinguido ya como estratega, guiando una flota y un ejército en el golfo de Corinto. Pero es con la rebelión de Eubea, y con la conexa invasión del Ática que su acción política y militar accede al primer plano: la rapidez de decisión con que él, comandante de las tropas enviadas para la represión de los eubeos, supo retornar al Ática, convencer (no se sabe bien si sobornándolo) al rey espartano invasor para que se volviera atrás, y regresar luego a Eubea para llevar a término con notable dureza su cometido, lo revelan digno representante de esa raza de políticos de altas aptitudes militares a la que Atenas debió su grandeza. Desde su ruptura con Esparta, hecho subsiguiente al episodio de Itome, hasta la concertación de la paz treintenal, Pericles había madurado evidentemente sus dotes de político y de general, junto a valientes generales y almirantes como Leócrates, Mirónides, Tolmides, Caritímides.

El hecho de que Pericles haya sido elegido en el consejo de los diez estrategas casi ininterrumpidamente desde el 460 hasta su muerte (429), no significa necesariamente que él —líder indiscutible de la democracia— haya sido en sentido absoluto el más influyente de los ciudadanos durante todo este período. Que a él deban atribuirse los grandes proyectos y esa "despreocupada audacia" (De Sanctis) que indujeron a Atenas a comprometerse simultáneamente en la prosecución de la guerra contra Persia, que culminó con la audaz y desastrosa gran campaña de Egipto, y en la guerra contra Esparta, Corinto y Tebas, no es cierto, sino tan sólo probable. En realidad, se tiene la impresión de que el principio de gobierno colegiado sobre el fundamento de la asamblea, que estaba en la base de la nueva concepción de la democracia en Atenas, funcionó realmente durante este período.

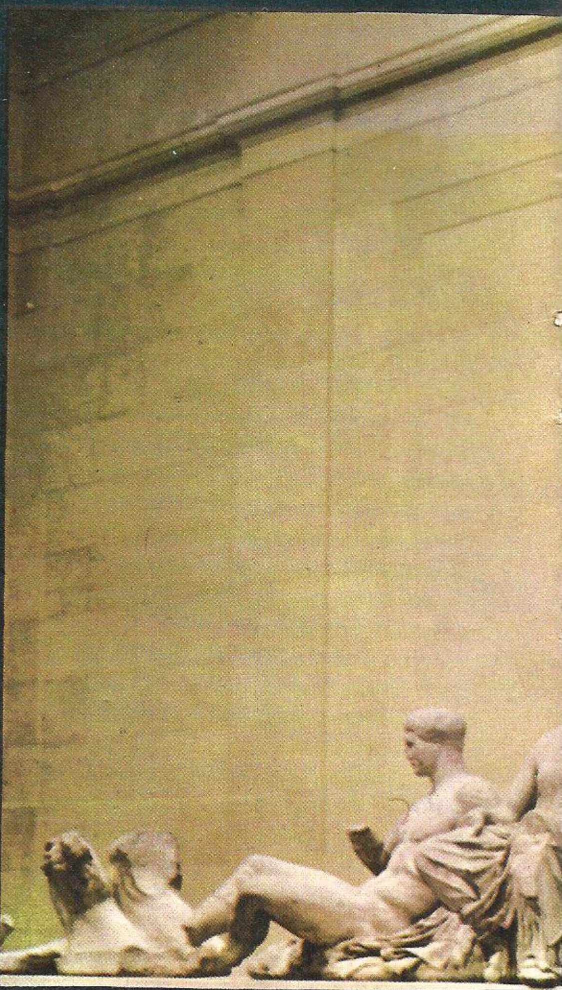
En la culminación del poder

No tenemos ningún dato real que nos permita afirmar que al comienzo de la "primera guerra del Peloponeso" Pericles contara mucho más que un Mirónides, que un Leócrates o un Tolmides. Evidentemente, su posición política adquiría ya gran aliento y una perspectiva más amplia: porque el predominio que después adquiriría no se manifestó en forma súbita, sino más bien como lógica conclusión de un vasto proceso. Frecuente presidente del colegio de estrategas, debía destacarse ya indudablemente por sus dotes de político y por sus ideas estratégicas, como heredero que era de la posición de Efialtes. De todos modos, cierto es que este poder y este prestigio alcanzaron el punto culminante a partir de 443, año en que el pueblo ateniense condenó al ostracismo a aquél que en los años precedentes se había convertido en el líder del ala conservadora de la democracia, Tucídides de Melesia.

En los umbrales de la primera guerra del Peloponeso, poco después de la paz de Calias, se ubica una singular iniciativa de Pericles. Leamos lo que dice Plutarco, única fuente para este episodio, particularmente admisible, por cuanto parece tomada de una colección de decretos atenienses: "Cuando los espartanos comenzaron a sentirse preocupados por el creciente poderío de Atenas, Pericles, incitando al pueblo a nutrir pensamientos cada vez más elevados y a sentirse digno de empresas cada vez más grandes, presentó un decreto según el cual todos los griegos tanto de Europa como de Asia, de ciudades pequeñas y grandes, debían ser invitados a enviar diputados a un congreso que se celebraría en Atenas. Éste habría tenido que deliberar acerca de los santuarios griegos que habían sido incendiados por los bárbaros, sobre los sacrificios debidos a los dioses en nombre de Grecia en cumplimiento de los votos elevados durante la guerra con los bárbaros, y sobre la libre y segura navegación de los mares, y sobre la paz entre los griegos...; fueron enviados embajadores a todas las zonas de Grecia, desde Tesalia y Ambracia al norte, a Esparta al sud, a las islas del Egeo desde Lesbos hasta Rodas, a las ciudades de las costas de Tracia y al Helesponto, hasta Bizancio, y a las costas del Asia Menor, tanto ante los jónicos como ante los dorios... para convencerlos de que vinieran a Atenas a deliberar juntos sobre la paz y el bien común de los griegos. Pero no se hizo nada, ni se reunieron las ciudades, porque se opusieron los espar-



1

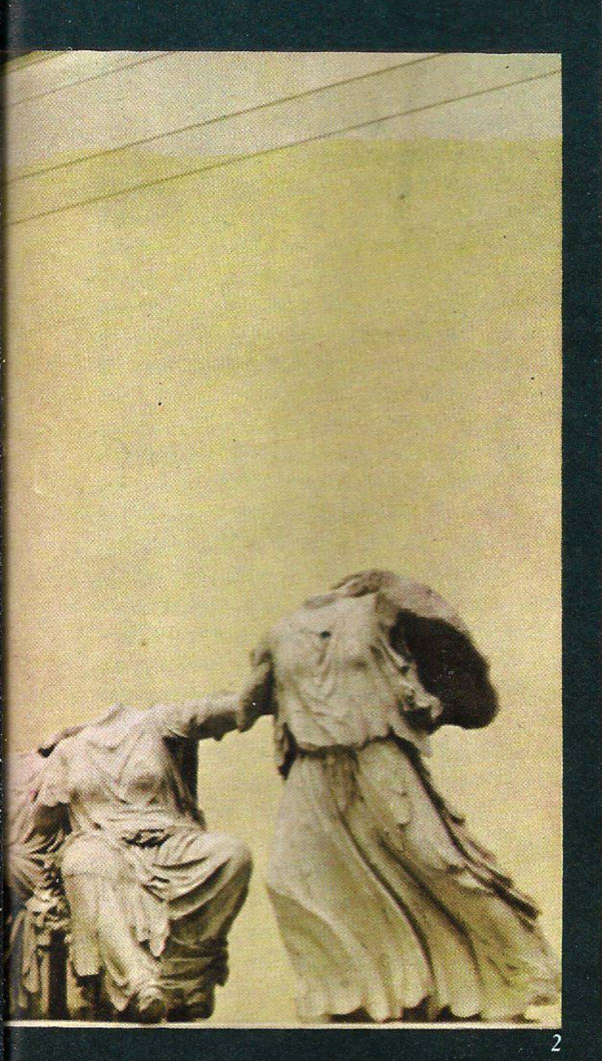


1-4. Detalles de la decoración del Partenón. In situ *y Londres, Museo Británico* (Mariani).

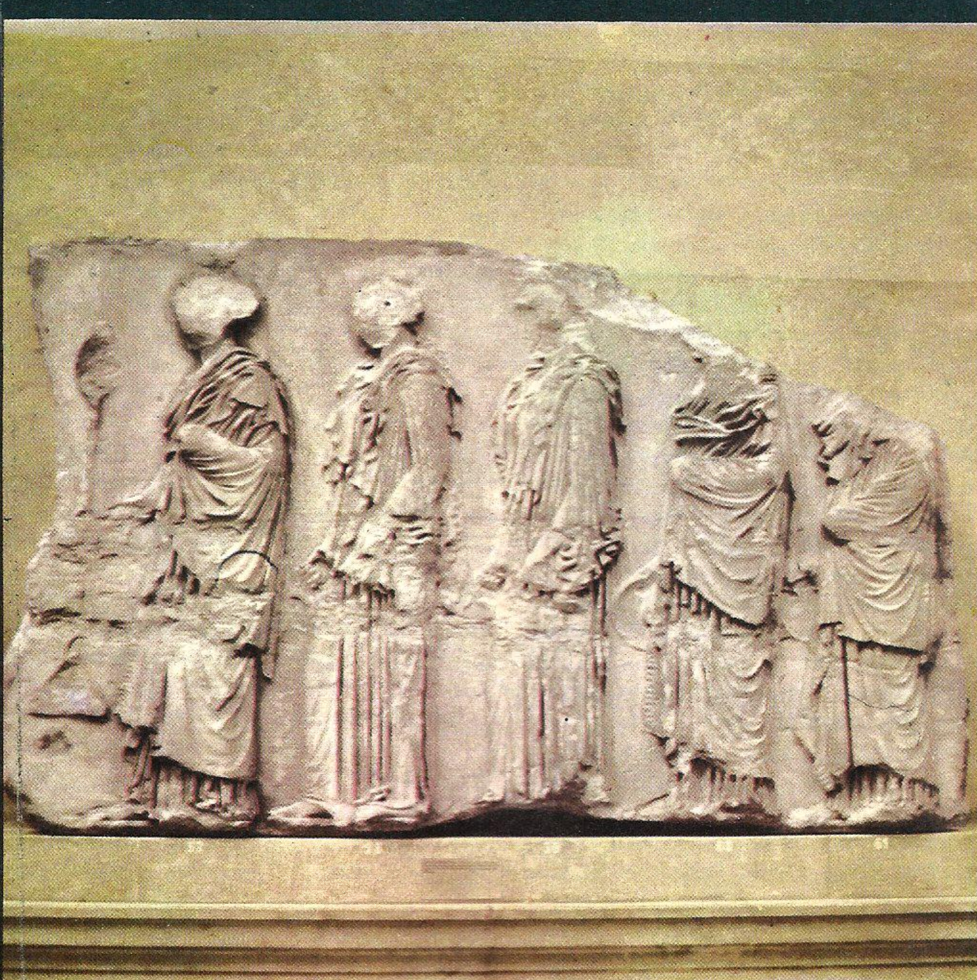
5. Nacimiento de Venus. Detalle del "trono Ludovisi". Mediados del siglo v *a.C. Roma, Museo Nacional Romano* (Scala).



4



2



3

5

tanos según se dice; de manera que el esfuerzo tuvo su primer fracaso en el Peloponeso. He citado a este episodio —concluye Plutarco—, para poner en evidencia el modo de pensar de Pericles, y la grandeza de sus concepciones".

Como ocurre muchas veces, la relativa limitación de miras del interés de Plutarco, atento sobre todo a esos pormenores que sirven para caracterizar éticamente al personaje, termina por dar en el blanco, o por lo menos por ofrecer valiosas sugestiones para el historiador que investigue más amplias y complejas explicaciones. Mucho se ha escrito acerca de la propuesta del congreso pan-helénico formulada por Pericles, para comprender sus motivaciones, sus objetivos y las verdaderas razones del fracaso. Pero queda como hecho indiscutible lo que señala Plutarco: que en esta propuesta de Pericles se expresaba la grandeza de su pensamiento y su deseo de elevar hacia ella al pueblo mismo de Atenas.

"La oportunidad había sido bien elegida —observa Hammond—, pues Pericles acababa de reconocer la libertad de los griegos de Asia y la guerra entre Persia y Grecia había terminado en un tratado de paz. Pero los tiempos no eran adecuados para que Atenas se presentara como pacificadora de los griegos. Los Estados del Egeo, que en el tiempo de la constitución de la alianza ateniense habían aceptado su conducción, veían ahora en la imposición de guarniciones los gestos de un Estado-tirano, mientras que los Estados del continente griego a partir del 458 habían sufrido repetidos actos de agresión ateniense.

"En los últimos años la política de Pericles había desmentido el objetivo oficial de su invitación, y es dudoso si él mismo esperaba un amplio consenso. Había naturalmente otras razones que justificaban la propuesta: la grande empresa de Atenas contra Persia recibía una publicidad que subrayaba los servicios prestados por ésta a los dioses de Grecia, y daba otros motivos de altivez al pueblo ateniense. El poder de Atenas era ostentosamente exhibido ante los ojos de todos los griegos; la libertad de los mares era un regalo, y las perspectivas de paz para muchos griegos dependían directamente de su voluntad. Si algunos de los Estados del Peloponeso debían rendirse al poder y a las pretensiones de Atenas, podían extender decididamente su influencia y encerrar a Esparta en su aislamiento". Ahora bien, ésta es una clara interpretación de los motivos y del significado rigurosamente diplomático del decreto de Pericles sobre el congreso pan-helénico. Pero es claro que el sentido de tal decreto no se agota en la pura diplomacia. Es en cambio altamente político, y para nosotros importante, que sea éste el primer testimonio que tenemos sobre Pericles y del que resulta evidente el particular carácter de su personalidad como líder político del pueblo griego.

En realidad, debe ser firmemente subrayada la anotación inicial de Plutarco sobre la voluntad de Pericles en el sentido de llevar al pueblo ateniense a pensar en grande y a considerarse digno de cosas grandes. Mientras una voluntad semejante se extendía en el campo del heroísmo, tradicionalmente entendido como dedicación total a la comunidad en guerra, sea para defender los hogares y los dioses, sea para ganar gloria, poder, prestigio y riqueza a favor de la patria, nada verdaderamente nuevo se daba en el mundo griego. Esta virtud había sido mantenida siempre en altísimo concepto por los griegos, y al participar de ella los atenienses en la edad del máximo poderío de Atenas, la edad de Pericles, no hacían sino alcanzar una meta ambicionada por todos los griegos, sobre un camino tradicional.

El congreso panhelénico

Cualesquiera fueran las innovaciones de su conducta diplomática, cualquiera fuera la novedad de su poderío naval y del uso que de él había hecho, no era su gloria en la guerra lo que distinguía realmente a Atenas de los demás Estados griegos. Y no era como estratega ni como animador de combates, que Pericles se distinguía esencialmente de los otros jefes atenienses y no atenienses.

En el decreto por el que se convoca al congreso panhelénico se expresa algo muy distinto y probablemente algo verdaderamente nuevo. Se busca aquí la "grandeza" en el sentir y en el concebir, la grandeza de un pueblo entero en una acción de paz; en una proposición para tratar en forma común entre todos los griegos, los problemas más candentes de la vida de los Estados y de la comunidad helénica. Fácil es observar que detrás de esa proposición podía haber designios apologéticos, una gran intención propagandística; pero debe advertirse también el carácter de esos designios y el tipo de propaganda escogido. Aun si se consideran las cosas en el terreno más inmediato y práctico, no hay motivos reales para interpretar que en la proposición hubiera mala fe. Ni Pericles ni los atenienses podían pensar que una vez reunidos en Atenas los representantes de decenas y decenas —en realidad, cientos— de ciudades griegas (pequeñas y grandes), la discusión y la capacidad de decisión de semejante y jamás vista asamblea panhelénica, hubiera podido ser influida por Atenas. Cierto que Atenas habría gravitado. Pero también Esparta, y Corinto, y Tebas, y Megara y los tesalios gravitarían en la misma medida por lo menos, si no más que Atenas misma. Y los problemas concernientes a los santuarios y a los sacrificios, es decir, a la vida religiosa, aun cuando Atenas había sido la ciudad que, entre todas las grandes ciudades de Grecia, había sufrido más las destrucciones de los persas, habrían sido tratados en un congreso semejante sobre un plano general de igualdad. Atenas reclamaba que los daños sufridos por sus templos fueran reparados con el concurso de todos; pero sostenía también que los dioses de Atenas no concernían únicamente a Atenas, subrayando así en forma notable el carácter panhelénico de la religión en la más típica forma ciudadana. El problema de la "paz común" (la *koiné eiréne*, que se convertirá después, sobre todo en el siglo IV, en el tema dominante de la ideología política y de la propaganda griega sobre la base de una real exigencia) habría sido afrontado por el congreso de la única manera legítima, sin dejar duda alguna sobre los reales designios de éste o aquel Estado, es decir, común. Así también debía ser respecto de la libertad de los mares. No puede pensarse que el congreso se hubiera desarrollado en un clima de intolerable presión por parte de Atenas: ¿y de qué manera Atenas hubiera podido impedir materialmente su libre desarrollo? En cuanto a su fuerza imperial, fuerza que podía ejercer en forma indirecta, no era tal como para poder considerarse por encima de los otros Estados griegos.

En otras palabras, si la proposición de Pericles quedaba aceptada, habría contribuido realmente si no a dar nuevas bases a la vida de Atenas, por lo menos a crear una atmósfera nueva y quizá también a plantear las premisas de nuevas organizaciones. El congreso podía fracasar sin duda; pero esta eventualidad difícilmente hubiera agravado la situación de las relaciones entre las mayores ciudades, relaciones que ya entonces eran pésimas. Esta vez, los propósitos diplomáticos y propagandísticos —si es que realmente existían— estaban fundados en un programa ideal de patente evidencia. El pensar alto y el ser dignos de grandes cosas de un Pericles o de la Atenas de su tiempo encerraban un contenido no sólo diplomático y militar. Era la aspiración a vivir una vida de relaciones entre los griegos, muy distinta de aquélla que estaba consumiendo recursos económicos y morales importantísimos. Era también la tentativa de hacer recordar que la masa de los errores cometidos por todos en los últimos años —¿por qué no también por Atenas?— estaba liquidando la última gran herencia moral de la generación vieja y madura, la unidad de la lucha contra los persas.

El decreto de Pericles que convoca al congreso panhelénico, acto eminentemente diplomático, nos ha permitido encarar la

naturaleza real de la figura de Pericles y de su mundo, los ideales y la "filosofía" de esa personalidad y de ese pueblo. Destaquemos aquí justamente lo que se pensó como característico de Pericles en tiempos muy antiguos, como asimismo de la democracia ateniense de su tiempo: Pericles no era sólo político, y ésta no era solamente una constitución; en ambos se expresaba una concepción de la vida política o, en último análisis, de la vida misma.

Atenas se convierte en la "ciudad tirana"

Concertada la paz con Persia y la paz con Esparta y sus aliados, Atenas tuvo que hacer frente a los problemas que se presentaron en los límites de la crisis provocada por la dominación sobre sus propios aliados. Como se ha dicho, un año después de Micala y Platea, en el 478, se había constituido la liga délica, poderosa alianza a cuya cabeza se hallaba Atenas, y cuyo objetivo era continuar combatiendo contra los persas, expulsarlos del Egeo, liberar de su dominio a todos los griegos protegiéndolos contra la siempre posible amenaza.

Temístocles y Arístides habían sido sus principales artífices; en realidad, en las premisas de la Liga se hallaba ya en potencia un elemento antiespartano, pues los griegos de la isla habían rechazado la conducción de Esparta (de cuyo rey Pausanias habían experimentado malos tratamientos), y preferido la de Atenas, "la más antigua ciudad de la Jonia", como la llamara Solón un siglo atrás, y como el mito político volvía a exaltarla ahora. Arístides había estudiado un sistema de tributos que debían pagar a Atenas todas aquellas ciudades que no quisieran o no pudieran suministrar directamente soldados y naves. Cimón había dirigido por mucho tiempo la Liga, llevándola a notables éxitos contra los persas que culminaron en la batalla del Euridemontes; y Cimón fue a morir a Chipre, asediando la ciudad de Citio, reducto de los persas, a la cabeza de una nueva y poderosa flota, cuyo nervio era naturalmente la gran armada ateniense reconstituida después de la catástrofe egipcia.

El proceso que se desarrolla en los años que van de Cimón a Pericles suele definirse habitualmente como el tránsito de la Liga délica como *alianza* (*symmachia*) a la Liga como *imperio* (*arché*) *ateniense*. Y de esta evolución, que hizo de Atenas la *ciudad tirana*, y que suministró alimento a la propaganda antidemocrática, antipericlea y filoespartana, fue Pericles el artífice máximo. No hay duda de que la tradición antigua, y en primer término el historiador contemporáneo y filopericleo —aunque no precisamente democrático— Tucídides, atribuye a Pericles justamente, lúcidas teorizaciones sobre el predominio absoluto de Atenas respecto de sus aliados y, en alguna medida, también sobre el derecho de explotación de los mismos aliados. Lo que ocurrió, complejo e incierto en sus detalles, es más o menos lo siguiente; en los primeros años después de su constitución, la Liga funcionaba así: en Delos se acumulaba su tesoro, formado por el tributo que pagaban los aliados más dispuestos a pagar que a combatir (entre los más importantes aliados, proveedores de flotas no despreciables, estaban Samos, Quíos y Lesbos); las campañas y los gastos inherentes eran votados por el Consejo de la Liga, el sanedrín, que se reunía una vez por año. La guía estratégica era naturalmente de Atenas, que contribuía con fuerzas navales preponderantes. En los últimos años que precedieron a la guerra del Peloponeso, los años del absoluto predominio de Pericles sobre Atenas, la situación fue ésta: el tesoro de la Liga fue trasportado a Atenas (después de la derrota de Egipto, para ponerlo a resguardo de un posible retorno persa, en un momento de grave crisis del poderío naval ateniense); el sanedrín deja de reunirse y el tesoro se confunde con el del templo de Atenas, o sea, con la gran reserva ateniense. Además, muchas ciudades, que durante ese lapso se fueron rebelando, fueron sitiadas y reducidas a condición de vasallaje, y tanto a su territorio como al de otras ciudades, Atenas envió "clerurquías", verdaderos desplazamientos de ciudadanos con carácter de colonias agrícolas y de campamentos militares. Prácticamente por todas partes, antes y después, Atenas provocó la caída de los antiguos regímenes oligárquicos, e instauró regímenes democráticos que apoyaba con todos los medios. Ciudades como Samos, de antiguo esplendor y poder, aliadas de primera línea, y rebeladas a consecuencia de conflictos internos entre democráticos y oligárquicos, fueron asediadas, conquistadas y reducidas a la condición de tributarias, perdiendo el derecho de autonomía naval. A Bizancio le cupo la misma suerte. Atenas intervino como árbitro de indiscutida autoridad en las controversias entre las ciudades aliadas, imponiendo soluciones conformes a sus propios intereses y a los de su gran estrategia egeo-asiática. La mayor parte de las causas penales de los Estados aliados son juzgadas por el tribunal ateniense que también en esto se entromete en la vida interna de las ciudades. Indudablemente, la diferencia entre la situación de los años 70 y la de los años 40-30 es notable. Y nos sorprende naturalmente a nosotros, como ocurrió con los contemporáneos, la coincidencia entre afirmación de la democracia y afirmación del imperialismo.

¿Existió en la base de este desarrollo un verdadero designio preordenado? ¿Se puede individualizar una lógica de los acontecimientos tal como para arribar a la conclusión a que llegaron los conservadores antidemocráticos de la época —y de la posterior—, es decir, que una vez afirmado el poder del pueblo era fatal que se manifestase con la búsqueda de todos los beneficios posibles, y que en la preocupación por secundar sus deseos, los jefes del pueblo —como Pericles, y peor aún sus sucesores— se entregaran a una política de opresión y rapiña sobre sus aliados? Esta tesis se impuso en la misma Atenas, y basada en ella se desarrolló la propaganda para la lucha contra la democracia. El tema de la autonomía de las ciudades era caro a todos los griegos; para los conservadores era fácil recordar que la grandeza de la generación ateniense precedente, la que había vencido en Salamina, Maratón, Micala y Platea —sola o junto con los espartanos— no había tenido necesidad de oprimir a ningún otro griego para afirmarse y resplandecer. El poderío naval, bastante justificado y, de cualquier modo inevitable en la lucha contra los persas, mostraba ahora toda la perjudicial naturaleza del poder de la masa popular, ávida sólo de los beneficios del predominio, y dispuesta a desposeer de su autonomía a los aliados para gozar de sus riquezas y tiranizarlos libremente, del mismo modo como apartó y persiguió económicamente a los grandes propietarios, a los aristócratas y a los atenienses de buena posición.

Las acusaciones de disipación

Los grandes frutos de la democracia periclea, la cultura y las extraordinarias creaciones de sus artistas —del Partenón a los Propileos— no parecían compensar el atentado llevado a cabo contra el viejo orden social y político y contra la autonomía y libertad de los aliados. Si para los filósofos y teóricos amigos de Pericles, como Anaxágoras, Zenón, Protágoras, se sentía en los ambientes conservadores (y aun en los radicales extremos) al mismo tiempo temor y desprecio, la oposición conservadora desató, con particular referencia a los grandes gastos realizados para el embellecimiento monumental y artístico de Atenas, un ataque célebre: "El pueblo ha perdido su buena fama, y ha adquirido una pésima reputación porque ha llevado el tesoro público de los helenos de Delos a Atenas, y la mejor excusa que se dispone contra los acusadores, es que este dinero ha sido retirado de la Isla Sagrada por temor de los bárbaros y para protegerlo aquí en una bien dotada fortaleza, Pericles la anuló: y por cierto la Hélade ha sido insultada con un muy grave insulto y es manifiestamente tiranizada, cuando ve que con los tributos que está obligada a pagar para la guerra, nosotros revestimos de oro y embellecemos nuestra ciudad, que como una mujer vanidosa

agrega a su guardarropas piedras preciosas y estatuas y templos de mil talentos".
En cuanto a él, Pericles respondía que no era necesario rendir cuentas de cómo se gastaban los dineros, desde el momento que se garantizaba a los aliados contra los bárbaros: "No dan un caballo, una nave, un infante, sino solamente dinero; y el dinero no pertenece a quien lo da, sino a quien lo recibe, si éste suministra aquello por lo que ha recibido en pago el dinero. Nuestra ciudad está suficientemente provista de las cosas necesarias para la guerra, y debe emplear sus recursos en obras que una vez ejecutadas le significarán un renombre inmortal, y que durante el tiempo en que son ejecutadas le brindarán bienestar: porque harán nacer industrias de todos los géneros y de las más variadas necesidades, que despertando todas las artes y ocupando todos los brazos compensarán a todo el pueblo, de manera que la ciudad obtendrá de sí misma a un tiempo el propio ornamento y el propio nutrimiento..." Y sin embargo, Tucídides de Melesia y los otros políticos de su partido perseguían a Pericles con sus acusaciones, y sostenían que dilapidaba las finanzas y disipaba los ingresos. Pericles preguntó entonces a la Asamblea popular si consideraba que había gastado demasiado: "Sí —se le respondió—; ¡realmente demasiado!" "Y bien —respondió Pericles—, el gasto será mío, y no vuestro: pero en los monumentos, yo inscribiré mi nombre, y no el vuestro". Ante esta respuesta el pueblo, admirando su grandeza de ánimo, o deseoso de participar en la gloria de los monumentos, gritó que tomara el dinero para esos gastos de los fondos públicos, y que gastara sin fijarse en economías. Al final, entró en lucha con Tucídides, a su riesgo y peligro, por el ostracismo, y obtuvo el alejamiento del adversario y la disolución del partido que se le oponía.
La última respuesta de Pericles a la multitud, en su habilidad demagógica y en su singular inconsistencia, debe haber sido una de esas respuestas a que se refería Tucídides cuando, exiliado y refugiado en Esparta, junto al viejo y sabio rey Arquídamos, ante la pregunta de éste acerca de quién de los dos —Pericles o Tucídides— era más fuerte en la lucha, respondió: "Cuando lo he arrojado a tierra, sostiene que no ha caído y convence a todos los espectadores de que es así".

El "gobierno del primer ciudadano"

No hay duda que Pericles fue un formidable dialéctico. Si el dominio que ejerció sobre el pueblo ateniense fue, como toda la tradición concuerda, a través del arma clásica de la democracia, la "persuasión" (no la "fuerza"), es muy difícil que esta persuasión fuera ejercida siempre con los medios de la más elevada argumentación. No es el caso de analizar las relaciones, indudablemente muy importantes, entre Pericles y la política ateniense de su tiempo con la naciente sofística de los Gorgias y de los Protágoras, en cuanto arte de argumentar y de "hablar" en el sentido más completo y rico de la palabra. Pericles hubo de poseer sus dotes persuasivas, como político que era de instinto y de raza; dotes que debía poseer desde el principio. Por otra parte, una estructura constitucional como la de la democracia ateniense, en la que tanta importancia tenía la libre discusión como premisa de toda decisión política, debió cuadrar perfectamente con sus innatas capacidades, con su fascinación, por cierto singularísima si tanto impresionó la imaginación de los contemporáneos y dejó de sí un recuerdo imperecedero y extraordinario.
Pericles contribuyó más que ninguno a construir la democracia. Pero claro que sólo en una sociedad y en una situación ya democrática en amplia medida, un hombre como él podía llegar a ejercitar el papel que le cupo. Aquí conviene reproducir el retrato que hace Plutarco del "estilo" oratorio y político de Pericles: "Pericles tenía no tan sólo un pensamiento sublime y un lenguaje elevado, desprovisto de toda chocarrería vulgar y entremetida, sino además una gravedad en el rostro nunca jamás alterado por la risa, un andar sereno, una compostura del vestido que nunca turbaba ningún gesto oratorio, un tono de voz sin estridencias, y muchos otros rasgos de esa índole que a todos impresionaban y maravillaban..."
"...Después del ostracismo de Tucídides, cesadas completamente las divisiones en la ciudad, y siendo ésta, por así decir, perfectamente armoniosa y una, Pericles mantuvo en sus solas manos a Atenas y a los asuntos que dependían de Atenas: los tributos, los ejércitos, los trirremes, las islas, el mar, la considerable potencia que la ciudad había adquirido entre los griegos y también entre los bárbaros, la hegemonía fundada en la obediencia de los pueblos sometidos, como en la amistad de los reyes y en la alianza de las dinastías locales. Desde entonces, no fue más el mismo de antes, no se mostró ya tan complaciente en relación con el pueblo, ni dispuesto a ceder y a plegarse al soplo de sus pasiones. Sujetó las riendas del gobierno, y esa democracia blanda y casi relajada como una música tierna y lánguida, fue transformada en un régimen aristocrático y real, del que usó para llevar a cabo una política rigurosa y tendida siempre hacia lo mejor. El pueblo lo seguía casi siempre convencido plenamente, y él lo conducía con persuasión y consejos; pero de tanto en tanto el pueblo se rebelaba, y entonces Pericles acortaba las riendas y lo llevaba a que viera su verdadero interés, y así lo domaba... En una multitud que poseía tan grande imperio, se enfrentaban naturalmente pasiones de toda naturaleza. Pericles era el único capaz de dominarla de manera justa: empleaba la esperanza y el temor como timones, tanto para reducir la audacia de los atenienses como para estimularlos y consolarlos cuando caían en el desaliento... Esta autoridad no se debía únicamente al poder de la palabra; era fruto —como dice Tucídides, el historiador— de la estimación que suscitaba su conducta, y de la confianza que inspiraba un hombre manifiestamente incorruptible y por encima de toda venalidad. De grande que era, había hecho grande y bella a la ciudad, y él mismo terminó por superar en poder a muchos reyes y tiranos, aun de aquellos que dejaron el poder en herencia a los hijos: sin embargo, él no aumentó ni en una dracma la riqueza que su padre le había dejado."
Y reproducimos al mismo tiempo un fragmento del juicio de Tucídides: "Pericles, de lo alto de su prestigio y de su genio, absolutamente superior a toda sospecha de venalidad, dominaba la multitud sin limitar su libertad; era el verdadero jefe del Estado porque, inmune a la preocupación por la oratoria demagógica, podía también permitirse, gracias a la autoridad de que gozaba, reaccionar duramente con sus discursos. Si advertía que los atenienses se abandonaban a la embriaguez de una arrogancia fuera de lugar, su palabra los inducía a un cauto temor. Si en cambio, los veía injustificadamente deprimidos, los conducía nuevamente a la fe. El gobierno que resultaba de ello era formalmente una democracia, pero en realidad era el gobierno del primer ciudadano." Y así, pasando del retrato psicológico de Plutarco a la más neta, fría y racional caracterización de Tucídides (de quien Plutarco procede, y es interesante señalar el enriquecimiento de la imagen), nos encontramos frente a la consideración concreta del régimen pericleo, sobre el cual el juicio de Tucídides ha dejado un sello indeleble: "el gobierno del primer ciudadano".
Miembro del colegio de los estrategas, en una posición preeminente que no es simple definir constitucionalmente, pero que aparece indiscutible, el Pericles que en el año 443 logró condenar al ostracismo al único político capaz de oponérsele, Tucídides de Melesia, y a dirigir los destinos de Atenas hasta su muerte en el año 429, fue sin duda el primer ciudadano en el pleno sentido de la palabra que Tucídides, el historiador, emplea. Monarquía sin corona, tiranía legalista, el régimen de Pericles fue en realidad una democracia: una democracia alcanzada en lo que frecuentemente, por desgracia, las democra-

1

1. *Restos del templo de Atena en Lindos, isla de Rodas* (Mariani).

2. *Panorama de Delos. En el fondo, el puerto sagrado* (Malvisi).



2

cias no logran, o sea, formar de su seno un elemento dirigente capaz de interpretar sus concurrentes exigencias de libertad y de gobierno, las necesidades inmediatas y las perspectivas lejanas. Por lo demás, la democracia en el mundo antiguo, nunca fue, cuando la hubo, democracia sin jefes, sin personalidades capaces de concentrar sobre sí mismas la fascinación y la fuerza moral del autogobierno popular y al mismo tiempo estimular y guiar políticamente al pueblo. Si observamos atentamente la real distinción entre democracia y tiranía, además de los métodos de gobierno y la consideración con que se manejaban las oposiciones reales y posibles, bien puede identificarse la capacidad de la primera, y la correlativa incapacidad de la segunda para resolver sobre líneas positivas de desarrollo (no necesariamente pacíficas, sino siempre en el ámbito de una "lucha política") el problema de la sucesión de los elementos dirigentes. Así la tiranía del siglo VI —Pisístrato, y luego sus hijos Hiparco e Hipias— se disolvió en una agudísima crisis de la ciudad ateniense, con decisivas intervenciones exteriores (Esparta), violentas luchas internas con destierros y retornos triunfales, reformas constitucionales, desplazamientos de política exterior a la larga decisivos. El mismo régimen areopagítico-cimoniano abandonó el campo a la democracia no sin el feroz golpe póstumo del asesinato de Efialtes: y en ese momento, un poeta consciente de sus altísimos deberes, y por cierto no sectario, como Esquilo, en el momento cívicamente más intenso de la tragedia de Orestes, debía advertir a sus conciudadanos sobre los peligros de la anarquía y de la falta de leyes, crisis moral y política profundísima. Pero la muerte de Pericles, el "primer ciudadano", el que gobernaba desde hacía quince años "regiamente" y prácticamente sin opositores en condiciones de oponérsele (aunque capaces de procurarle graves fastidios), no provocó crisis en Atenas, por más que en esos momentos el destino incierto de la grandiosa guerra iniciada dos años atrás y la tragedia sin precedentes de la peste, sometieran al pueblo ateniense a una prueba moral aparentemente (y tal vez así lo fuera para otro pueblo) insostenible. La sucesión de Pericles fue resuelta por el grupo dirigente democrático —desde moderados hasta radicales— sin que la lucha política asumiese tonos dramáticos. Los Cleones y los Nicias, que ahora emergen rápidamente en la conducta interna y externa de Atenas, no tienen necesidad ni de matar a los adversarios ni de llamar en su ayuda a pueblos extranjeros; el vacío abierto por la muerte de Pericles se tradujo en una parcial modificación política y de la conducta estratégica de Atenas y no en una falla en el sistema de la democracia.

Dos elementos concurrieron a hacer definir el régimen pericleo como una suerte de monarquía: el particular estilo personal del líder y la crisis de las fuerzas conservadoras, incapaces de señalar una alternativa real a la política "imperialista" de la democracia. Como se ve, es el doble dato, del "triunfo" de un régimen que representa de verdad las fuerzas irresistibles del momento, y la expresión de sí mismo en un líder que interpreta el elemento más sustancial, el que da a esta democracia su sentido de excepcional vigor: que podía aparecer análogo al de un sólido régimen monárquico, con un profundo consenso entre "rey" y pueblo. Analogía esta completamente extrínseca, sólo útil a quienes consideraran democracia sinónimo de inestabilidad. En realidad, el régimen surgido de las reformas de Efialtes en el año 462 y de las sucesivas reformas de Pericles, como también, y sobre todo, de la praxis política y del ordenamiento social establecido —en una palabra, la democracia ateniense —puede fácilmente definirse como régimen político estable y eficiente. Pero el problema Pericles es precisamente el del "primer ciudadano". Formado y educado en el ambiente de la clase dirigente en contacto con la tradición de gobierno de la ciudad y al mismo tiempo sensible al fermento renovador creciente de la masa de los ciudadanos atenienses, Pericles estaba naturalmente destinado a desempeñar un importante papel en la vida de su ciudad. Lo que lo distinguió y elevó por encima de todos los contemporáneos fue su capacidad de representar en el espíritu de su política, la más alta experiencia intelectual, artística y espiritual de su tiempo. "Su maestro de música, según muchos autores, fue Damon . . . este Damon parece haber sido un consumado sofista, que prefirió refugiarse en el oficio de músico para no hacer conocer a la multitud su real poder, y se asoció a Pericles, este atleta político, como entrenador y maestro . . .

Pericles fue también alumno de Zenón de Elea, que se ocupó de filosofía natural, como Parménides, y perfeccionó una especie de capacidad de la confutación, tal como para poner en dificultades a cualquier adversario. Pero el hombre más estrechamente ligado a Pericles, el que supo darle sobre todo esa majestad y esa reflexividad que es más fuerte que cualquier demagogia, y alabó y exaltó la dignidad de su carácter, fue Anaxágoras de Clazomenes, a quien los hombres de su tiempo llamaban "La mente" porque admirados de su inteligencia en las cosas de la naturaleza, realmente insuperable, o porque fue el primero en reconocer el gobierno del mundo no al azar ni a la necesidad como ordenadores, sino a la Mente, a la Mente pura y simple . . .

. . . De Anaxágoras, Pericles parece haber derivado estos dos beneficios: se formó con una mente superior a cualquier tipo de superstición, ese error que se produce a raíz de acontecimientos que ocurren en el mundo que está por encima de nosotros: el que es ignorante sobre las causas de estos acontecimientos es llevado siempre a temer la intervención divina, y queda confundido por su inexperiencia en éste campo; en cambio, las doctrinas de la filosofía natural eliminan esta ignorancia e inexperiencia, y sustituyen la temerosa y ardiente superstición por esa firme religiosidad que actúa con las buenas esperanzas." Así dice Plutarco.

Los tesoros que dio Pericles a Atenas

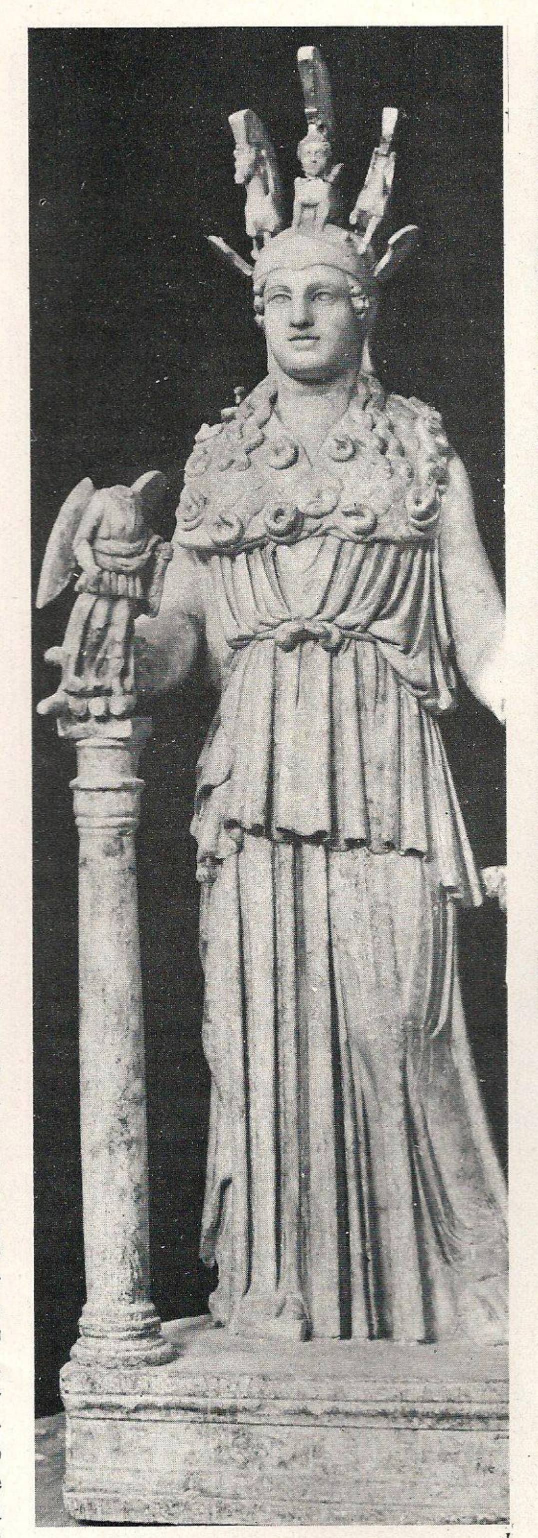
Con un elenco sumario, podemos evocar la inmensidad del tesoro artístico que Pericles legó a Atenas, tesoro que la polémica de Tucídides de Melesia y sus amigos presentó como los afeites y collares de una cortesana, allí donde se expresó precisamente un florecer de cultura y de fantasía dignamente contemporáneo de la tragedia de Sófocles y Eurípides, de la comedia de Aristófanes. Ante todo, la restauración de los santuarios destruidos durante las guerras persas de 480 y 479; luego, la construcción de nuevos edificios y templos religiosos o vinculados con la religión. En la cima de la Acrópolis, desde 447 hasta 432, los arquitectos Ictino y Calícrates erigieron el Partenón, el nuevo templo dedicado a la diosa de Atenas en su particular aspecto de Virgen (*parthenos*) guerrera (que iba imponiéndose cada vez más sobre la otra, más arcaica, pero siempre verdadera diosa de Atenas, la Atena de Erecteion), a la que Fidias y su taller dieron el friso, las metopas y los frontones; y de Fidias personalmente es uno de sus dos máximos trabajos (el otro es el Zeus del templo de Olimpia), la estatua de oro y marfil de la diosa. Sobre la colina del demo de Colono Agorao, el templo de Efestos, perfectamente conservado hasta hoy y conocido con el nombre inexacto de Theseon, y su análogo, el templo de Poseidón en Cabo Sunio, en la extremidad de la península ática, frente al Egeo, donde los navegantes al aproximarse hacia Atenas descubrían a la distancia el brillante reflejo de la lanza empuñada por la gigantesca estatua de bronce de Atena *promakhos* (combatiente de primera línea, campeona de la ciudad). En el año 438 Mnesicles comenzó la construcción de los Propileos, acceso de la Acrópolis; quedó olvidada Eleusis, el antiquísimo centro sagrado anexo a Atenas, asiento de los Misterios de las Dos Diosas, donde se erigió el nuevo edificio destinado a la celebración de los Misterios, el *Telesterion*. Y siempre en Atenas, el magnífico edificio destinado a teatro, que

tomó su nombre de las competiciones de poesía y música lírica, el *Odeion*, cuya estructura se inspiraba en la forma de la tienda real de los reyes persas.

Y al lado de estas obras de religión y de arte, de un arte tan inspirado como rigurosamente meditado, hasta el punto de ser a su manera pensamiento, no se descuidaron otras obras más inmediatamente útiles, como la construcción de una tercera muralla para completar el cerco fortificado entre Atenas y su puerto del Pireo (las "largas Murallas"), y la reconstrucción del mismo Pireo, activo centro de tráficos variados, y, desde esos tiempos en adelante, tenaz ciudadela democrática, por obra del arquitecto-urbanista-filósofo Hipodamo de Mileto, según un plano ortogonal que se inspiraba en experiencias orientales e itálicas, y a las que el autor asignaba ahora un nuevo sentido, convirtiéndolo en modelo ideal de la ciudad democrática teorizada por él mismo en una visión racionalista sumamente singular.

Pues el concepto de la democracia en el tiempo de Pericles —y conviene subrayarlo aun después de las citas antiguas y modernas que se han hecho— asumió también un carácter de doctrina racional, inspirada en precedentes experiencias de pensamiento filosófico y político, y no fue tan sólo un empírico modo de gobernarse y de vivir, sino que también, en la mente de los más reflexivos, pareció adecuarse a principios de igualdad, de equilibrio y de razón que se descubrían en el cosmos, en la naturaleza, en los más recónditos aspectos del instinto societario del hombre. Es así como el concepto de democracia terminó por significar también tolerancia, en relación con un posible relativismo; por lo menos relativismo ideal que, convertido luego en gobierno de la mayoría, implicó la conservación de los prejuicios morales de la mayoría misma por lo que, como es natural, la obra de esclarecimiento y descubrimiento cultural resultó imperfecta; se registró así un ahondamiento singular de ese concepto de libertad que muy a menudo significaba todavía para los griegos autogobierno y autonomía del extranjero (y aun continuó significándolo para muchos).

Pero por cierto, Pericles tuvo una idea mucho más alta y compleja de la libertad misma, como se advierte a través del más célebre de sus discursos, que Tucídides le hace pronunciar en conmemoración de los muertos del primer año de la guerra del Peloponeso, el "Epitafio"; y como también se infiere de la polémica de los reaccionarios, como ese anónimo habitualmente llamado "El Viejo Oligarca", autor de un genial opúsculo (que pasó entre las obras de Jenofonte) sobre la Constitución de los Atenienses, probablemente de la edad de Pericles, o



1

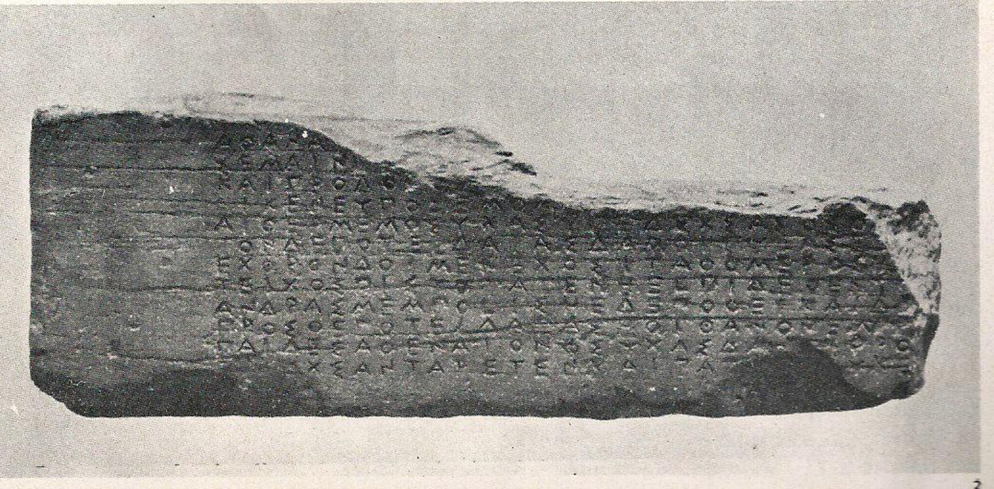


2

1. Copia romana, llamada del Varvakeion, de Atena Parthenos criselefantina de Fidias. Atenas, Museo Arqueológico Nacional (Alinari).

2. Guerrero ateniense. Detalle del ánfora del pintor de Aquiles. Siglo v *a. C. Ciudad del Vaticano, Museo Etrusco-Gregoriano* (Alinari).

3. Fragmento de la piedra tumularia de los atenienses caídos en Potidea en el año 432 a. C., en vísperas de la guerra del Peloponeso. Londres, Museo Británico.



3



1

1. Poseidón. Detalle de una estatua de bronce de mediados del siglo v *a. C. Atenas, Museo Arqueológico Nacional* (Scala).

2. El templo de Poseidón en Cabo Sunion. Segunda mitad del siglo v *a. C.* (Malvisi).

3. Figura de doncella. Escultura del frontón del templo de Zeus en Olimpia. Olimpia, Museo (Scala).

4. Ruinas del gran templo de Apolo en Delos. 475-450 y fines del siglo IV *a. C.* (Malvisi).

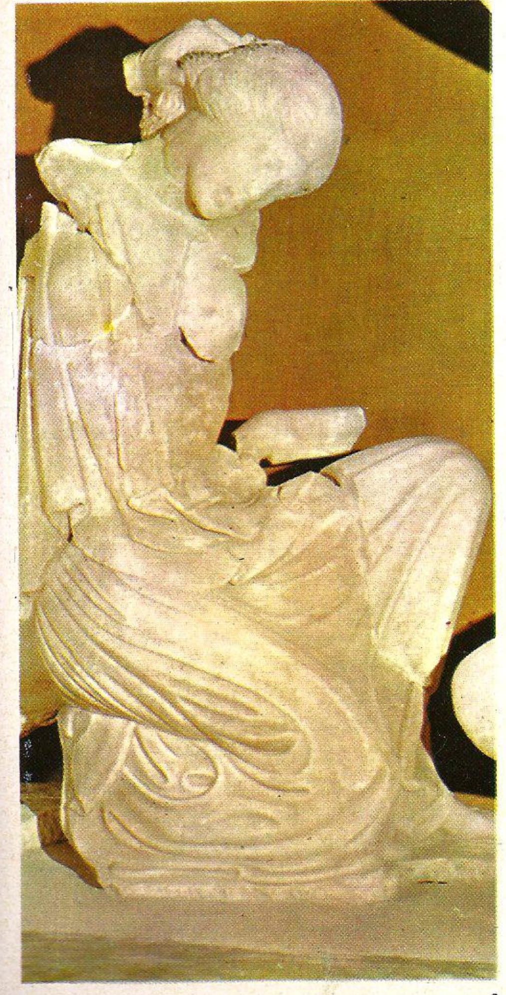
a lo sumo de los primeros años de la guerra del Peloponeso. Allí el odio, más que velar, induce a una lucidez de diagnóstico sobre el carácter y sobre la fuerza misma de la democracia como costumbre y como política interna y externa, que tiene muy pocos parangones en la política de todos los tiempos (así la Atenas democrática de Pericles inducía también a los reaccionarios a elevarse a niveles más altos de pensamiento y de polémica política).

El epitafio de Pericles

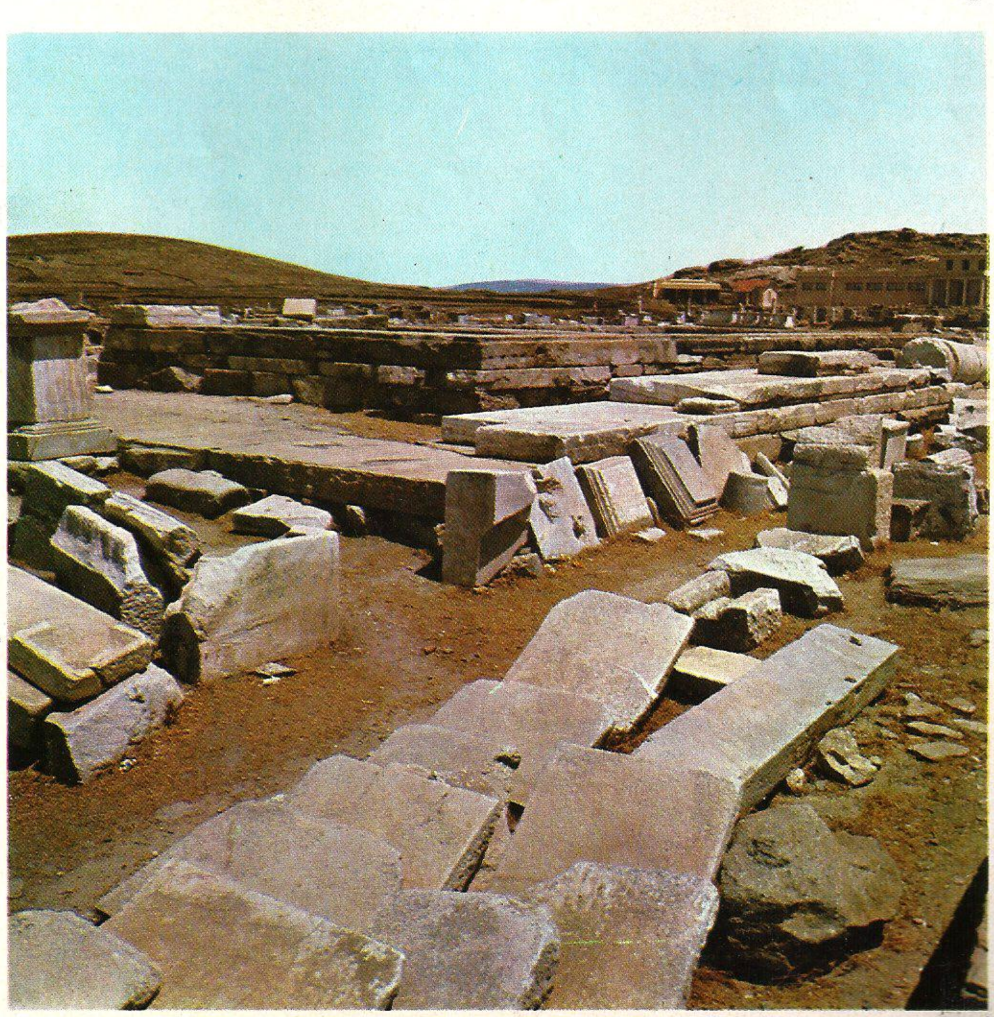
Teniendo que conmemorar, de acuerdo con la antigua costumbre patria, a los muertos caídos en la batalla, en el invierno siguiente a la primera campaña de la gran guerra del Peloponeso, los ciudadanos de Atenas que en esos momentos no se encontraban en las mejores relaciones con su jefe político, confiaron a Pericles la misión de pronunciar la oración fúnebre, el *logos epitaphios*. El historiador de la guerra, Tucídides, transcribe justamente en los capítulos 35 a 46 del libro II de su obra, el texto del discurso. Naturalmente, se piensa que no es el texto verdadero, sino una reelaboración libre que respeta su espíritu y sustancia, tanto respecto de los argumentos como de la forma. El mismo Tucídides dice en alguna parte de su obra que, en cuanto a los discursos, le ha sido imposible referir su verdadero texto, y ha tratado de reproducir la esencia y el sentido específico. Por otra parte, uno se pregunta cuándo escribió el historiador esta parte de su obra. Muchos han pensado, y todavía muchos lo piensan, que el gran discurso de Pericles ha sido escrito por Tucídides después de finalizada la guerra, esto es, alrededor de treinta años más tarde, en un clima de dominante crítica a la figura de Pericles y al sentido de su democracia y de su imperialismo, casi apología y reivindicación de una sublimidad política y moral inalcanzable y nunca más lograda. Otros autores, en cambio, piensan que el texto de Tucídides sigue a muy corta distancia del momento real en que Pericles habló, y que como todas o casi todas las *Historias*, es un reflejo poco menos que inmediato de los acontecimientos. Tesis esta quizás no aceptable, pero que si fuera verdadera nos confirmaría el carácter realmente "pericleo" del discurso.

No podemos aquí ni afrontar ni rozar el problema, inafrontable por lo demás, si no es en el ámbito de un completo análisis de la obra de Tucídides. Baste recordar que el más completo retrato del pensamiento político de Pericles lo tenemos por boca de un testimonio contemporáneo, más joven, pero perteneciente a su mismo mundo y que no puede haber traicionado su sentido último. Claro está

2



3



4

que para nosotros Pericles es inseparable de su máximo historiador, Tucídides, como Catilina lo es de Salustio, o Tiberio de Tácito. Llega un momento en que la reflexión sobre Pericles y su tiempo se completa con la reflexión sobre Tucídides y su mundo historiográfico.

"... Si nuestros antepasados son dignos de alabanza, aun más lo son nuestros padres: no sin fatiga agregaron ese imperio que ahora es nuestro al que les había sido dejado a ellos, y así tan grande lo han legado a nosotros. Pero la ampliación del imperio mismo es obra nuestra, de todos nosotros los que nos hallamos en la edad madura y que hemos ensanchado nuestra ciudad, para tenerla preparada desde todos los puntos de vista y autosuficiente para la guerra y para la paz... En virtud de qué principios hemos llegado a este imperio, y con qué constitución, con qué modo de vivir ese imperio se ha ensanchado, esto es lo que me propongo demostrar ante todo, para alabar después a éstos, porque pienso que en esta situación no es inconveniente que se hable y es útil que la multitud toda de los ciudadanos y de los extranjeros lo escuche.

Tenemos una constitución que no emula las leyes de los vecinos, en cuanto constituimos más un ejemplo para los demás que imitadores. Y como está concebida de manera que los derechos civiles correspondan no a pocas personas sino a la mayoría, la llamamos democracia; frente a las leyes, en lo que concierne a los intereses privados, corresponde a todos un plano de igualdad, mientras en lo que respecta a la consideración pública en la administración del Estado, cada uno es escogido según se destaque en un campo particular, y no por la proveniencia de una clase social más que por lo que vale. Y en lo que respecta a la pobreza, si uno puede hacer algo bueno para la ciudad, no le está vedado hacerlo por razón de la oscuridad de su rango social. Libremente vivimos en las relaciones con la comunidad y en todo lo que concierne a la sospecha que surge de las relaciones recíprocas en los hábitos cotidianos, sin encolerizarse con el vecino si hace algo según su placer, y sin infligirnos recíprocamente molestias que si bien no son dañinas, son sí desagradables a nuestros ojos. Sin perjudicarnos ejercitamos recíprocamente las relaciones privadas, y en la vida pública la reverencia nos impide sobre todo violar las leyes, en obediencia a quienes se encuentran en los puestos de mando, y a las instituciones establecidas para tutela de quien sufre injusticia, y en particular a aquellas que, aun no siendo escritas, llevan a quien las infringe a una vergüenza por todos reconocida...

... Amamos la belleza, pero con compostura, y nos dedicamos al saber, pero sin debilidad; adoptamos la riqueza, más por la posibilidad de actuar que ella brinda, que por torpe jactancia, y la pobreza no la consideramos vergonzosa para nadie, mientras lo es mucho más el no hacer nada por librarse de ella. Reunimos en nosotros el cuidado por los asuntos públicos junto con el de los privados, y si nos dedicamos también a otras actividades, no falta en nosotros el conocimiento de los intereses públicos. Somos los únicos en considerar no ya ocioso, sino inútil, a quien no se interesa por ellos, y nosotros atenienses o juzgamos o por lo menos ponderamos convenientemente las diferentes cuestiones, sin pensar que el discutir sea un daño para el obrar, sino que lo es más bien el no estar informados de las discusiones antes de entrar en acción...

Concluyendo, afirmo que toda la ciudad es la escuela de Grecia y me parece que cada hombre de nuestro pueblo dirige individualmente su propia e independiente personalidad a cualquier género de ocupaciones con la mayor versatilidad acompañada de decoro. Y que esto no es ahora un alarde de palabras sino una realidad de hecho, lo indica la misma potencia da la ciudad, potencia que nos hemos procurado gracias a este modo de vivir..."

En realidad, todo este discurso, como por lo demás los otros dos que acompañan a éste (el primero, con el que Pericles induce a los atenienses a rechazar el extremo ultimátum espartano y, en consecuencia, a la guerra; y el segundo, con el que el líder en desgracia frente al pueblo oprimido por la peste y por algunos fracasos, reafirma su línea política e infunde aliento a sus conciudadanos), debe leerse minuciosamente para darse cuenta del enlace denso y coherente de motivos ético-políticos que caracterizan al Pericles de Tucídides, que es en gran parte, como hemos dicho, el que se ofrece a nuestra consideración. En los pasos transcriptos del "Epitafio" no es difícil distinguir ante todo un concepto de gran importancia, esto es la estrecha ligazón existente entre constitución política, costumbre de vida y fortuna o poderío de la ciudad: Atenas es poderosa porque tiene cierta constitución, que es la democracia. Así también debe observarse cómo Pericles por democracia no entiende sólo un conjunto de instituciones políticas ni el predominio de la mayoría, sino asimismo una costumbre de vida, que desciende al pormenor de la tolerancia y de la libertad en la vida cotidiana, el culto de la belleza y de la cultura —siempre en un armónico equilibrio que evita todo exceso— y también, naturalmente, esa capacidad de combatir que sin embargo es enmarcada en los límites de las justas posibilidades de ciudadanos que no viven ni entienden vivir una vida de cuartel (como, obviamente, ocurre entre los espartanos), pero que conocen la gloria de vivir y se adiestran en las armas en la medida necesaria para que de su natural heroísmo y amor por la patria surja en el campo de batalla la victoria.

Hegemonía política y misión cultural

Pero en todo el "Epitafio", como en los demás discursos de Pericles, resulta claro ese connubio entre ideal y práctica de la democracia, e ideal y práctica de la hegemonía imperial, de la que los contemporáneos y también la posteridad, formularon la más grave acusación contra Atenas y contra Pericles. Acusación que sería inútil discutir en sus pretextos concretos: que el tema de la *ciudad-tirano* haya pretendido de hecho ejercer un pade la época, es innegable. Que Atenas haya pretendido de hecho ejercer un papel de dominación en la Liga, y que haya también ampliado sus horizontes vislumbrándose como potencia francamente mediterránea (alianzas e iniciativas en Sicilia y en Magna Grecia); que haya explotado económicamente todas esas ciudades que estaba en condiciones de explotar, tampoco es posible ponerlo en duda. Tampoco Pericles parece haber dudado nunca que todo esto Atenas lo hacía y lo debía hacer. Obviamente, los conservadores del tiempo de Pericles, en cuyo seno maduraba cada vez más claro un verdadero impulso reaccionario, insistieron firmemente en la coincidencia entre democracia y tiranía imperialista. La tesis era que el pueblo está ávido de placeres y de expoliación, y que para sostenerse en el gobierno los demagogos tenían necesariamente que hacer de todo para conformarlo: en consecuencia, expediciones navales, es decir, pagos con botín de guerra, confiscación de bienes de los aliados, traslado a la asamblea del poder de hacer y deshacer incluso en casa ajena, apropiación del tesoro inter-aliado en beneficio de la belleza de Atenas y de los bolsillos de los operarios atenienses. Un régimen que no hubiera tenido que vérselas diariamente con el voto de la masa plebeya no habría tenido necesidad de recurrir a estos nefastos recursos, que chocaban contra toda buena costumbre en las relaciones entre los griegos, y ponían a prueba, a durísima prueba, la popularidad de Atenas. Esto es lo que sostenían los conservadores y los reaccionarios atenienses.

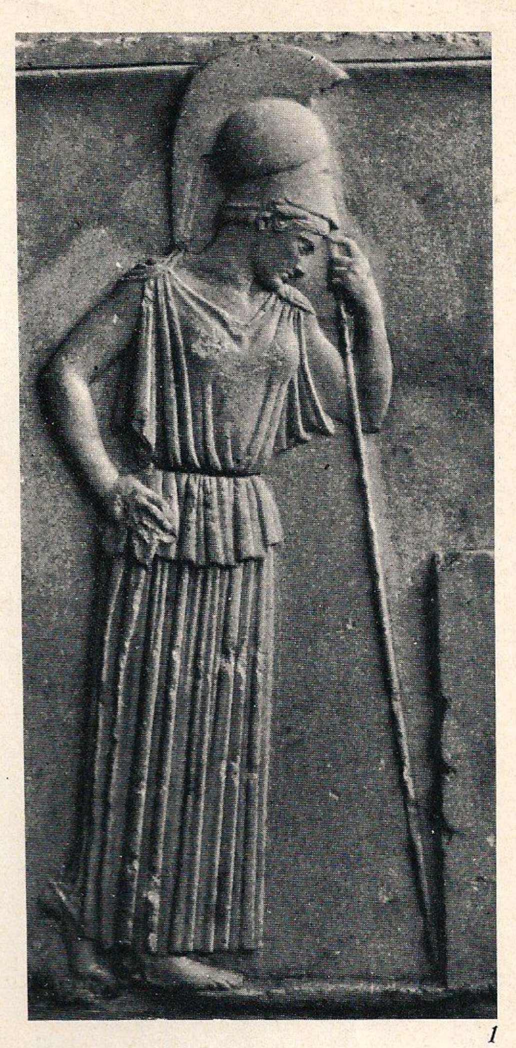
A esto podía contestarse fácilmente que, si hasta los tiempos de la democracia Atenas no había explotado a los otros griegos, era debido al hecho de que el bienestar de la reducida oligarquía ateniense se podía garantizar explotando a las masas mismas de la propia Atenas; es decir, la explotación quedaba en familia y éste era, por lo demás, un tradicional principio griego, sobre todo en la forma que había asumido en Esparta. Como ocurre a menudo, el conservadorismo y el espíritu oligárquico en el interior, presentaba frente a la democracia la aparente

ventaja de contener dentro de los límites de cada Estado, el proceso de opresión política y explotación económica, logrando así aparecer en equilibrio, pacifista y respetuoso de la autonomía de los demás. A los ojos de los cimonianos y de los antipericleos atenienses, una guerra de Esparta contra los mesenios, sometidos y esclavos desde hacía por lo menos dos siglos, era más que legítima, porque en sustancia salvaguardaba las tradiciones. Pero la guerra de Atenas contra Samos era una absurda atrocidad: Samos era una ciudad libre y autónoma. El hecho de que contra la democracia filo-ateniense instaurada en Samos los oligarcas desterrados no hubieran vacilado en llamar en su ayuda al sátrapa persa, pasaba en este punto a segundo plano. En verdad, la tesis de que Atenas era tirana de los aliados porque su hegemonía, no más justificada por una guerra contra Persia (ya agotada) servía solamente para entretener a Atenas, era por cierto bastante fuerte desde el punto de vista propagandístico, pero debilísima desde el punto de vista político; a tal punto, que no prevaleció entonces y aún hoy puede ser discutida a fondo. El hecho es que el instinto inmediato de los oligarcas de tradición en el poder en la Grecia insular y asiática, estribaba en garantizar los propios privilegios recurriendo a la ayuda de los persas. Probablemente buena parte de la Grecia insular y asiática había sido "liberada" por los persas más bien contra su voluntad. La resistencia de las clases altas, tendencialmente propensas a aceptar la hegemonía de los persas, se hizo subterránea después de la guerra de liberación, pero no cesó. Tanto es así que en el lenguaje político insular y greco-asiático, el partido de los oligarcas antidemocráticos se identificaba casi siempre con el de los "tiranos", es decir, de los déspotas representantes del poder del Gran Rey. Las acusaciones de "medismo", "tiranía", "hostilidad hacia el pueblo", "hostilidad a Atenas", en la polémica política de esa área del mundo griego, terminan por coincidir entre sí. Y que ésta no era tan sólo propaganda democrática y ateniense lo demuestra la conspiración oligárquica que terminaba realmente por reclamar dinero y ayuda a los persas. Los oligarcas del Egeo y del Asia Menor griega constituían en realidad una clase político-económica potencialmente traidora a favor de los persas. La política periclea de represión de las oligarquías, de instauración de las democracia y —en caso de situaciones irremediables (como la de Eubea y, después, la de Samos)— de dura creación de una relación de subordinación total, respondía por eso, también, a la lógica de la defensa del Egeo de los persas. Era un aspecto de la política de contención de los persas, más o menos agresiva, que es la política oficial de Atenas durante el siglo v y también la política oficial de casi todos los griegos y por cierto de todos los griegos que habían luchado contra los persas. Los primeros en abandonarla fueron los espartanos. Si más tarde el pueblo ateniense interpretó esta situación de manera de extraer todos los beneficios posibles, no se comportó por ello en forma particularmente sorprendente; por lo demás, los conservadores y los reaccionarios atenienses afirmaban que era innoble gastar el dinero de los aliados para construir los Propileos; pero es probable que lo que más los preocupara, no fueran los ornamentos de Atenas, sino la construcción de la tercera muralla entre Atenas y el Pireo.

Lo que sin duda debía ser para ellos escandaloso era la progresiva afirmación en la Atenas de Pericles de la autonomía en relación con Esparta, como también la política periclea de fortificaciones, de poderío naval y de atesoramiento tal que permitiera a Atenas convertirse realmente en Estado más poderoso que Esparta. Era malo ser tirano de los aliados, pero sobre todo y de veras era malo ser autónomos respecto de Esparta; llegar abiertamente a declararse superiores a Esparta. Pericles llega a sostener en el "Epitafio" de 429 que la "educación" ateniense es superior a la de todos los griegos, desde todos los puntos de vista: comprendido el de los resultados obtenidos en la capacitación militar. ¿Atenas democrática superior a Esparta, también para sus soldados? No había en realidad muchas pruebas de que los soldados atenienses fueran superiores a los espartanos, y en verdad ni siquiera a los beocios; pero de cualquier manera, Pericles sostenía que los resultados obtenidos por el ejército ático, ciertamente a la altura de los demás ejércitos, costaban mucho menos, en términos de educación civil. Pericles reivindicaba para la democracia el mérito de saber adiestrar ejércitos en condiciones de medirse con cualquiera, sin necesidad de transformar al Estado en un cuartel, sin obligar a los ciudadanos a olvidar la casa, los negocios, la música, la política y todos los placeres de una vida libre. Del mismo modo, reivindicaba para la democracia una eficiencia mucho mayor en el plano político general, porque en ella las decisiones, adoptadas siempre después de haber discutido y de haber escuchado el parecer de asambleas ampliamente representativas, no eran minadas por la falta de información, de consenso o por estrechez de horizontes mentales.

La gran guerra del Peloponeso

Hemos visto cómo Pericles no negaba en absoluto la realidad de esa política de "imperialismo", como tampoco negaba que



1

1. Bajorrelieve votivo dedicado a Atena. Mediados del siglo v a. C. Atenas, Museo de la Acrópolis (Malvisi).

En la página 83:

1. Pericles. Londres, Museo Británico (Mariani).

de esta política derivaran concretos beneficios para los ciudadanos de Atenas; tampoco callaba que los atenienses debían hacer todo lo posible para conservar el predominio, sin el cual no habrían podido seguir disfrutando de ese bienestar, esa potencia, esa gloria de la que ahora disfrutaban y de la que eran en todo y por todo dignos de ella.

La lógica de esta política (confirmada por lo demás por la lógica de las políticas de Esparta, Corinto y Tebas) condujo a la gran guerra del Peloponeso; y por eso pareció ciegamente egoísta, antihelénica y finalmente desastrosa (porque la guerra se perdió). Indudablemente, como toda política, ésta también tenía sus riesgos. El primer riesgo que tuvo que afrontar Atenas, por ejemplo, fue que su estrategia militar estaba estrechamente condicionada y presentaba muy poco elasticidad. Las líneas maestras trazadas por Pericles preveían: defensa pasiva en la guerra terrestre (hasta el límite de dejar devastar el territorio ático por el ejército espartano, contentándose con la inexpugnabilidad de la roca Atenas-Pireo) y audaz iniciativa marítima. Estrategia de guerra larga, fundada en el deterioro de ambos adversarios, con la certeza de que la superioridad financiera de Atenas constituía una fuerza a la larga fatalmente victoriosa, porque sobre ella podía apoyarse la ilimitada superioridad de la flota, en condiciones de mantener libre el mar a los tráficos comerciales atenienses y bloquear y molestar continuamente hasta lo intolerable al Peloponeso. Verdaderas alternativas para esta política no existían o eran aun mucho más riesgosas (esta política, según Tucídides, habría dado la victoria, en caso de proseguir la guerra después de la muerte de Pericles).

En realidad, la guerra ateniense se movió después, sobre otros esquemas, y esto porque la política de guerra de Pericles contenía en sí, según parece, una debilidad no estratégica, sino estrictamente política; y principalmente de política interna, de política democrática.

Un círculo de "intelectuales" en torno a Pericles

Pericles llegó a la guerra después de un período de luchas internas más bien difícil, en el que se manifestaron en forma virulenta la vieja oposición conservadora y una nueva oposición democrático-radical, ambas dispuestas a todo con tal de crear crisis en torno al prestigio sin rival del antiguo jefe del pueblo.

Esta oposición (en cuyo ámbito democrático comenzó a tomar relieve el personaje que, como líder, será después el sucesor de Pericles, Cleón) se manifestó sobre todo en tres hechos, no muy claros para nosotros, pero todos muy peligrosos para Pericles: los procesos contra Anaxágoras, Fidias y Aspasia. De todos modos, es significativo que estos tres personajes, pertenecientes al círculo de los amigos, colaboradores, íntimos (Aspasia, el amor de Pericles, a quien todas las mañanas, antes de dirigirse a sus actividades políticas, iba a encontrar y a saludar con un beso), son también tres exponentes de la vida intelectual y artística de Atenas.

Anaxágoras, el filósofo y físico, Fidias, el escultor y arquitecto, Aspasia, la mujer de Mileto alrededor de la cual se reunían —desprejuiciada, inteligente y adoradora de la inteligencia— políticos, poetas, oradores y filósofos. Anaxágoras, acusado de impiedad; Fidias, de haberse apropiado indebidamente oro de la estatua de Palas Atena, y Aspasia, también de impiedad: a través de estos tres procesos, Pericles fue arrastrado ante la opinión pública de Atenas por sus amistades y vínculos con un extranjero y una extranjera impíos e inmorales, y con un ladrón sacrílego.

De los tres hechos, Pericles salió personalmente ileso, pero de los tres acusados sólo pudo salvar a Aspasia, porque Anaxágoras tuvo que ir al destierro, y Fidias, murió acaso en la prisión. La fama del "incorruptible" quedaba a salvo, pero quedaba también ofendida.

El nacimiento de una oposición democrático-radical induce a pensar que la imagen de Pericles como firme regidor de las riendas del pueblo —el primer ciudadano, insensible a la demagogia— no debe remontarse únicamente a la interpretación democrático-moderada que se dio de Pericles y en virtud de la cual él salvó ante los ojos también de los más tardíos conservadores, como distinto y mejor que los verdaderos demagogos pospericleos; sino acaso también como una crítica en contra de él puesta de manifiesto precisamente en ambientes democrático-radicales. La radicalización cada vez más evidente de la situación griega y el robustecimiento de los movimientos opuestos en el interior de la democracia, habrá influido para hacer aparecer a Pericles más como hombre de centro; de centro, por cierto, en el ámbito del partido democrático, no de centro entre demócratas y oligárquicos, como lo será después un Teramenes, político no tan equilibrado como equívoco. De todos modos, la expresión de Tucídides: "Guiaba al pueblo más que dejarse guiar por él", no es de las expresiones que resultan gratas a un radical rigurosamente confiado en la capacidad de guía política del instinto popular.

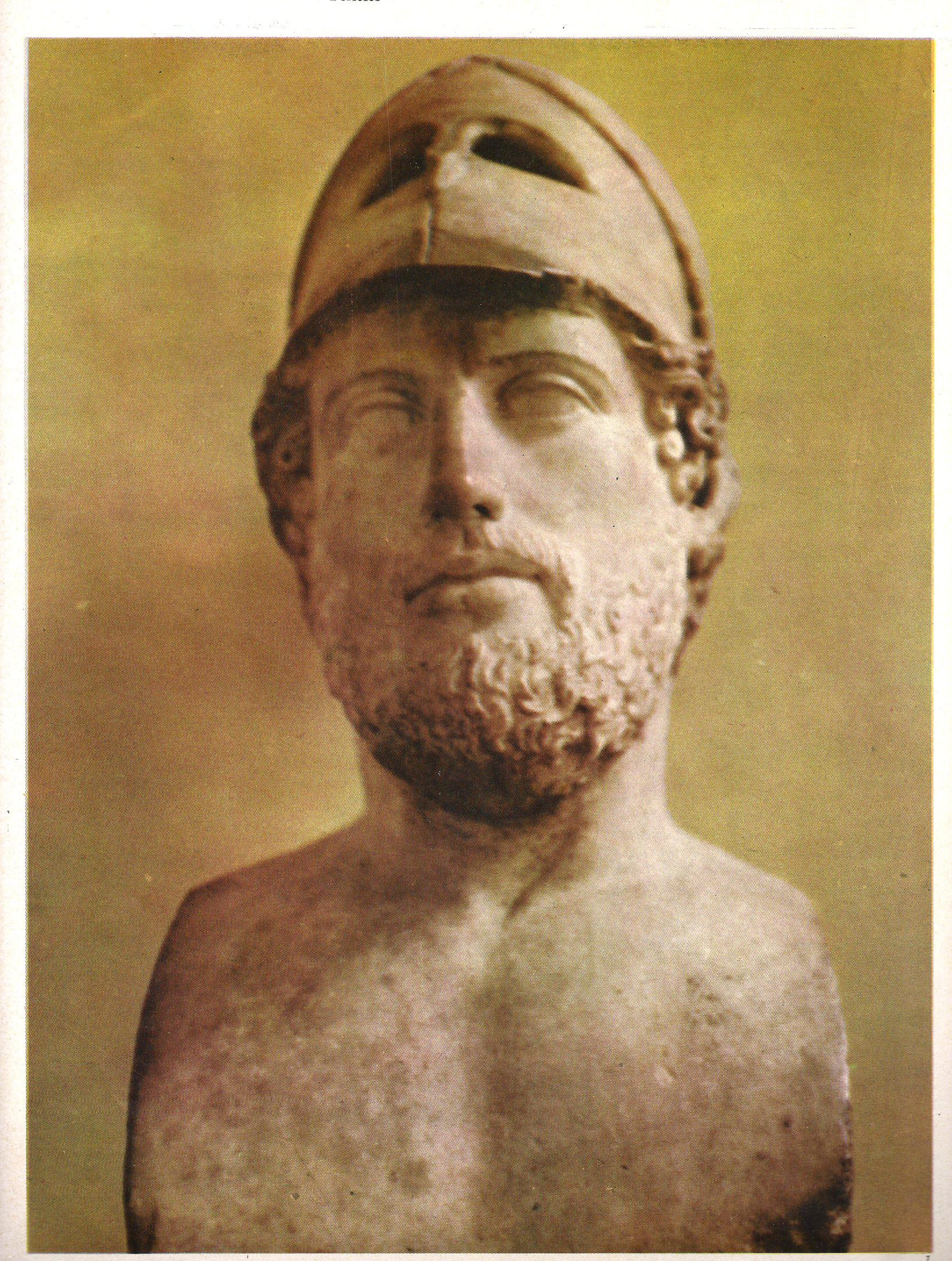
Verdad es que Pericles conservaba los rasgos de la antigua tradición de gobierno aristócrata, por lo menos en esto (además del estilo personal, que sin embargo no parece haber sido nunca para él un límite a la popularidad, sino más bien un elemento de prestigio): al sentir la misión del gobernante como distinta, en su medida y perspectiva, de la de un jefe de partido. La antigua herencia de la experiencia de Solón seguía operando todavía en alguna medida.

El "pueblo" vivía la realidad política de la democracia, no por cierto en la misma forma que los hombres que elegía para que lo gobernaran. No es necesario pensar que existiera una coincidencia absoluta entre la imagen de Pericles forjada por las masas atenienses, y la que Pericles tenía de sí mismo, y de él tenían sus colegas. Es obvio que el pueblo vivía su extraordinaria experiencia de autogobierno y de poder con un tipo de tensión moral y civil diferente de la de los jefes como Pericles. En éste había evidentemente una apertura hacia el sentido lejano de la gran política, que no era necesaria en el pueblo, o por lo menos no era necesario que fuera perfectamente conciente que se comprendieran uno con el otro, y se sintiera recíprocamente representados y sostenidos no significa que la coincidencia de los espíritus se diera siempre al mismo nivel.

Pero existió, sin embargo, una sustancial coincidencia de voluntades entre el pueblo ateniense —por lo menos la mayoría— y Pericles, al emprender el camino, inesperadamente brevísimo, hacia la guerra grande. En efecto, cuando Pericles justificaba el imperio ateniense y sostenía la plena justicia de una política que asegurara al pueblo los beneficios excepcionales a los que ya se estaba habituando no hacía demagogia. No podía no estar él mismo convencido de que si el pueblo ateniense tenía la mejor de las constituciones y era el más glorioso, culto e inteligente de entre todos los pueblos griegos, debía ser también el más rico, el más poderoso y el más beneficiado. Y en realidad, no se ve qué beneficio real podía testimoniar a los ojos del pueblo la eficiencia del régimen democrático de autogobierno, si no con la riqueza y potencia que aparecían históricamente en el giro de una sola generación, en medida hasta entonces desconocida. En un mundo como el griego, que "tuvo por nodriza la pobreza" (como decía Heródoto), no había mucho lugar para sentimientos de modestia altruista del género de aquellos que ciertos estudiosos modernos creen necesarios, siguiendo las huellas de la antigua polémica (que tenía sus razones políticas precisas: hemos visto cómo la alternativa conservadora para Pericles era la de respetar a los extranjeros y explotar a los conciudadanos). La concreta e indiscutible prueba de ser los mejores entre los griegos, la tenían los ciudadanos de Atenas en el momento en que comían mejor, se vestían mejor, tenían los más bellos templos y las más hermosas procesiones.

También podemos llamar a esto "imperia-

Pericles



lismo", con tal de recordar que en el mundo antiguo, afectado por miseria crónica, mundo típico de "la escasez" (para emplear el término moderno), el dominio político y económico en perjuicio de otros pueblos era la única posibilidad que se le presentaba a quien pretendiera disminuir la propia parte de escasez. El escándalo que ciertamente provocó Atenas por todas partes, no reside en el hecho de haberse convertido en rica y poderosa, sino en haber llegado a serlo en un mundo que desde hacía mucho tiempo se había avenido a un equilibrio político que tenía a Esparta como pilar, acostumbrado a respetar ciertas reglas y ciertos límites, desprovisto de dinamismo. La Atenas de Pericles provocó escándalo en Grecia, como Temístocles había provocado escándalo en Atenas en el tiempo en que ésta era todavía tradicionalista y completamente "griega" en el sentido que gustaba a los espartanos. Y además estaba el escándalo social y político: el "pueblo" se mostraba capaz de multiplicar las energías de una ciudad, y de crear un imperio. Esparta triunfadora sobre Atenas treinta años después, y dominadora incontrastada del mundo griego, sentirá la tentación de construirse un imperio, pero no lo logrará. Lisandro, su conductor triunfante, tenderá a adoptar sistemas y acariciará sueños de poder personal —realizado para el imperio y con el imperio—, que para los mismos espartanos parecerán absurdos, y destinados al fracaso; su instinto conservador les advertía que la democracia —premisa y consecuencia de la expansión del poder— estaba al acecho. El único modelo histórico de potencia dinámica que se realizó en la Grecia clásica de las ciudades es, en efecto, el de la Atenas democrática de Pericles.

Conservar y robustecer la democracia, la opulencia, el imperio, si era necesario, exigía ya la rigurosa audacia política de reivindicar para Atenas, oficialmente y frente a todos los griegos —de la Grecia propiamente dicha, de Occidente, del Oriente egeo y del Mar Negro— la absoluta independencia de toda supremacía espartana, aunque fuera formal y tradicional. Exigía la afirmación audaz de que Atenas era ya la más grande y representativa potencia político-económico-militar del mundo griego. Sobre este punto Pericles no podía transigir. Y sobre este punto insistió, con argumentos buenos y malos, cuando trató de hacer decidir a los atenienses el rechazo del ultimátum espartano del año 431. La cadena fatal había llegado al último eslabón. El asunto de Corcira había puesto a Corinto decididamente contra Atenas; el asunto de Potidea había robustecido esta hostilidad, ampliando ulteriormente su resonancia; el asunto último de Megara —un duro decreto de exclusión de Megara de todos los mercados controlados por Atenas—, para nosotros el más difícil de comprender, y por cierto violentamente criticado por los antipericleos, antiguos, que quisieron ver allí una conciente provocación, llevó a irresistibles presiones de los aliados de la misma Esparta, en nombre de una guerra total contra Atenas, que Esparta, si bien convencida de su necesidad, sólo después de larga vacilación emprendió.

Según la propaganda anti-periclea pacifista y filo-espartana, Pericles quiso la guerra para reforzar su propia vacilante situación política. Los procesos de Anaxágoras, Fidias y Aspasia lo habían puesto en peligro; se trataba de presentar cuentas que no se podían presentar; el joven Alcibíades, sutilmente le explicó que el problema no era "cómo justificar los gastos, sino como *no* justificarlos". Arrojar sobre Pericles la acusación de haber tenido como consejero en el momento decisivo al joven Alcibíades es uno maldad refinada de la polémica póstuma contra Alcibíades y contra Pericles. Pero es una humorada. Así Aristófanes y otros comediógrafos escribieron escenas memorables e ingeniosas sobre el Zeus-Pericles que arrojaba rayos, escribía decretos como canzonetas, y prendía fuego a toda Grecia por una historia de muchachas entre Atenas y Megara. Tuvo que ser una tentación, después de la muerte del líder, atribuirle toda la responsabilidad de una guerra terrible como la que comenzó en el año 431 y, por lo menos para Tucídides, pareció ser en seguida la más importante de todas la guerras que se hubieran desencadenado jamás en el suelo de Grecia.

Pericles convenció a los atenienses porque su ascendiente sobre ellos era todavía auténtico, y porque su lógica política era impecable y correspondiente a la lógica de los intereses que el pueblo ateniense alimentaba: independencia, predominio y democracia.

Sin embargo, la estrategia bélica de Pericles no podía ser popular. El pueblo ateniense quería la guerra, y estaba dispuesto a batirse, como lo demostró durante treinta años, pero Pericles le exigía también que asistiera tranquilo a la devastación de los propios campos, a la espera de que campañas navales lejanas dieran los frutos esperados. Después vino la peste. Esa peste de Atenas sobre la que Tucídides y Lucrecio han escrito páginas terribles. Una tercera parte de los atenienses murió en dos años. En forma realmente brusca, las miserias de Atenas se revelaron en una enorme magnitud. Pericles había sufrido ya reveses, pero esta situación era nueva. Fue procesado y condenado; durante algunos meses no fue más estratega. A poco, el pueblo ateniense se dio cuenta rápidamente que sin la conducta política y estratégica de Pericles las cosas corrían el riesgo de ir cada vez peor, y fue llamado de vuelta al poder. Pero después de pocos meses, luego de haber asistido a la muerte de los dos hijos víctimas de la epidemia (por única vez en su vida se lo vio llorar), él mismo, extenuado, murió. Quedó Tucídides para contar las últimas etapas de la gran política, y juzgar su vida entera, modelo casi perfecto ante sus ojos, de lo que es el hombre político.

Bibliografía

G. De Sanctis, Atthis, *Storia della Repubblica ateniense*, 2º ed. 1912; *Storia dei Greci*, 4º ed. Florencia, 1954. U. Wilcken, *Historia de Grecia*, Madrid, Pegaso. Para ampliar la información sobre el tema de este estudio, es casi forzoso recurrir a las historias generales del período, puesto que la figura misma de Pericles, dado lo escaso de los datos biográficos que sobre él se poseen, no ha constituido en general tema único y central de investigación.

El fascículo Nº 69 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Balzac

Genial constructor del edificio monumental y sobrecogedor de **La Comedia Humana.**



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA

LOS HOMBRES
La Historia Universal a través de sus protagonistas
Centro Editor de América Latina
Darwin
Pietro Omodeo

LOS HOMBRES de la historia
Gandhi
Giorgio Borsa

Mario Calamandrei

Publicación semanal



*Periódicamente
- y por una suma
muy accesible -
Ud. podrá
canjearlos
por magníficos
volúmenes
encuadernados.*

*Están en venta
todos los números
anteriores
para formar
la colección
completa.*

*Conserve y coleccione
los fascículos de*

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado *

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90